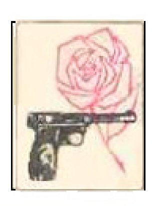




Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

El vals de los besos

Han matado a Simón y, como siempre, Brigitte acude a aclarar el embrollo y a vengar a su Simón.

Pero esta vez no llega sola. La acompaña el fantástico Número Uno, que la ayudará en su misión en Viena.



Lou Carrigan

El vals de los besos

Brigitte en acción - 280

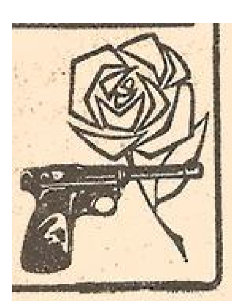
Archivo Secreto - 258

ePub r1.1
Titivillus 17.07.2017

Lou Carrigan, 1979
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: pepito56
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo Primero

Los pasajeros que habían llegado en el último vuelo de la «Panam», procedentes de Nueva York, iban cumpliendo sosegadamente las formalidades de su llegada a Francia, al aeropuerto de Orly. Concretamente, a pocos kilómetros de París.

Todo había ido bien. Ningún intento de secuestro o de sabotaje, buen tiempo, excelente comida, ambiente grato… Y finalmente, la satisfacción de llegar sanos y salvos a su destino. O, por lo menos, la mayoría de los pasajeros habían llegado ya a su destino. Otros deberían seguir volando.

Por ejemplo, la impresionante pareja que esperaba con gesto amable la formalidad de los trámites… Impresionante, en verdad. Él medía metro ochenta y cinco, tenía los cabellos color cobre, los ojos negrísimos, la barbilla sólida como una roca, los labios delgados y duros, como un cepo. Ella medía más de metro setenta, era bellísima, elegante, simpática, y su aspecto era dulce e inteligente. Sus grandiosos ojos azules contemplaban sonrientes al empleado francés, que ya no sabía adónde mirar.

—*Voilá, mademoiselle* —dijo, devolviendo el pasaporte—. *Tout parfait!*

—*Merçi, monsieur* —agradeció ella, sonriendo también con sus preciosos labios sonrosados.

El empleado francés contuvo un suspiro, y se dedicó al hombre de los cabellos color cobre, que, evidentemente, acompañaba a la señorita que se llamaba Brigitte Montfort, ciudadana americana. Él también era americano, y se llamaba Clark Coleman. Por supuesto, también el impresionante caballero tenía toda su documentación en orden.

—*Voilá, monsieur. Merci.*

—*Merçi* —agradeció también el señor Coleman.

Llevaba solamente un portafolios. La señorita Montfort, tan

preciosa, llevaba un gracioso maletín rojo, con florecillas azules estampadas, y dos maletas, que habían sido amablemente aceptadas, sin más. Un mozo del aeropuerto esperaba los trámites para llevarlas a un taxi.

—Podríamos intentar conseguir ahora mismo un vuelo hacia Roma —dijo el señor Coleman—, pero no veo por qué tienes que someterte a ese cansancio.

—Estoy deseando llegar a Villa Tartaruga —dijo ella—, pero creo que tienes razón, mi amor… De todos modos, no podríamos llegar hoy mismo a Malta.

—Me temo que no. ¿Prefieres que nos quedemos en un hotel, o que vayamos a París a divertirnos un poco? Te sentará bien distraerte, después de lo ocurrido.

—Oh, vamos —refunfuñó ella—. Estoy bien, de verdad. El que lo ha pasado realmente mal ha sido el pobre Frankie, no yo. Además, ¿a qué llamas tú divertirse en París?

—Podríamos ir a cenar a un restaurante chino, que tanto te gusta, y luego ir al Moulin Rouge. O pasear por París; en setiembre, con las lluvias, resulta muy agradable.

Brigitte reflexionó unos segundos, y por fin, dijo:

—Lo mejor sería que adquiriésemos pasajes para Roma en el primer vuelo de mañana. Luego, ya veríamos.

—Como quieras.

Seguidos por el mozo, abandonaron la sección de recepción de vuelos internacionales, y salieron a la gran sala de espera… En el acto, Clark Coleman se dio cuenta de que algo le sucedía a Brigitte Montfort. La miró, vio su mirada fija en un punto, y, siguiendo la dirección de su mirada, llegó hasta el hombre. Un hombre alto, medio rubio, vestido con discreta elegancia… Estaba unos pasos más allá, y tenía en una mano un ramo de rosas rojas. Y miraba fijamente a la señorita Montfort.

—Puede ser una casualidad —murmuró Clark Coleman.

—Puede ser —admitió ella—. ¿Te molestaría que nos asegurásemos?

Él movió la cabeza, y se dirigieron los dos hacia el hombre de las rosas rojas, que ahora miraba de uno a otro, no poco impresionado. Salvo que se hubiese equivocado de vuelo, cosa poco probable, aquellas dos personas que caminaban hacia él eran nada

más y nada menos que la agente Baby de la CIA, la espía más audaz y peligrosa del mundo, y Numero Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos. Algo capaz de cortar el resuello a un agente de la CIA vulgar y corriente como era él…

—Buenas tardes —llegó saludando la bellísima mujer de los ojos azules—. ¡Qué bonitas rosas tiene usted, señor!

El agente de la CIA tragó saliva, y asintió con la cabeza.

—Me dijeron que llamaría la atención especial de una persona, con ellas, en efecto, *madame*.

—¿Sí? ¿Por qué motivo?

—Estoy esperando a una dama que periódicamente recibe en su apartamento dos docenas de rosas rojas, que le envía su florista, un caballero llamado Charlie.

—¿Simón? —murmuró Brigitte.

El agente de la CIA suspiró.

—Menos mal que no me he equivocado… ¿Baby?

—Sí —Brigitte le miraba fijamente—. ¿Qué es lo que ocurre en París?

—No en París: en Hamburgo.

—Bien, pues en Hamburgo. ¿Qué ocurre?

Simón no contestó. A su vez, miraba fijamente a Brigitte, que palideció. Allá tenía a un agente de la CIA, uno de sus queridos Simones, que también estaba un poco pálido y no se atrevía ni a contestar tan sencilla pregunta. Ella tenía que entender, y entendió.

—¿Han matado a uno de los nuestros? —susurró.

—Sí… Han asesinado a un Simón. En Hamburgo. Las cosas se han resuelto hasta cierto punto, pero desde la Central, tras conseguir la información del jefe de Sector de usted, nos avisaron de que llegaría en este vuelo, que había salido de Estados Unidos para descansar unos días… Puesto que no se esperaba que usted tuviese su radio en onda adecuada, su jefe de Sector sugirió que uno de nosotros esperase aquí con un ramo de rosas rojas, y que usted entendería.

La agente Baby asintió con un gesto.

—¿Tenemos preparado el viaje a Hamburgo?

—Hay una avioneta lista para despegar cuando usted guste. Pero son más de quinientas millas, y después del viaje que acaba de hacer…

—Iremos ahora mismo a Hamburgo. ¿Te importa, mi amor? —Miró a Número Uno.

Clark Coleman movió negativamente la cabeza. Dio unos billetes al mozo del aeropuerto, tomó una de las maletas, Simón se hizo cargo de la otra, y comenzaron a caminar en la dirección señalada por el agente de la CIA.

Veinticinco minutos más tarde, despegaban de Orly, rumbo Nordeste. Comenzaba a anochecer. Lloviznaba. Era un día gris, frío, triste…, ¡tan diferente al que debía hacer en Malta, en Villa Tartaruga!

El agente de la CIA pilotaba la avioneta. Tras él, la señorita Montfort sostenía el ramo de rosas rojas. Junto a ella, Clark Coleman permanecía en silencio, fija la mirada en París… Adiós, París; adiós, restaurante chino; adiós, Moulin Rouge…

—¿Qué ha ocurrido exactamente? —preguntó Brigitte.

—No lo sé.

—Pero antes ha dicho que las cosas se han resuelto hasta cierto punto… ¿Qué quiso decir con eso?

—Tenemos al asesino de Simón, que a su vez está muerto. No sé nada más, lo siento.

—Pero si ya tienen al asesino de Simón…, ¿para qué voy yo a Hamburgo?

—Lo ignoro, pero es evidente que en la Central consideran que el asunto merecerá su interés. Nos estarán esperando en Hamburgo, y la pondrán al corriente de lo sucedido inmediatamente. Tengo instrucciones expresas de llevarla de regreso a París, o adonde usted quiera, si decide no interesarse por el caso.

—Está bien… Escucharemos lo que tenga que decirnos nuestro compañero Simón-Hamburgo.

Eran casi las nueve cuando aterrizaron en el aeropuerto de Hamburgo, metido en la ciudad, en el límite Noroeste. Allí, el tiempo era aún peor, y la oscuridad era total. La intensidad de la lluvia deprimía el ánimo. Un automóvil se acercó a la avioneta en cuanto ésta se hubo parado completamente, y Simón-París lo señaló:

—Yo me ocuparé de la avioneta. Si decide regresar, sólo tiene que llamarme por la radio, que tengo puesta en onda París. Si decide quedarse…, buena suerte.

De la avioneta, pasaron al coche. En éste había dos hombres, uno al volante y otro sentado atrás. Número Uno se sentó junto al conductor, y Brigitte junto al otro hombre, en el asiento de atrás. El coche se alejó hacia un extremo de la pista.

—Hola, Simón —tendió la mano Brigitte.

—Encantado —la aceptó el agente de la CIA jefe de la zona de Hamburgo; dirigió un vistazo a Número Uno, y añadió—: Buenas noches, señor. ¿Se acuerda de mí?

Número Uno volvió la cabeza, sorprendido. Pero, apenas ver el rostro de Simón-Hamburgo, en sus ojos apareció la expresión de reconocimiento, y, en el acto, tendió la manó por encima del respaldo.

—Gracias, señor —la aceptó Simón, emocionado.

—¡Zambomba! —exclamó Brigitte, con un intento de buen humor—. Me alegra comprobar que todavía queda alguien en la CIA que merezca tu afecto, Uno.

—Trabajé un par de veces con él —dijo Simón—. Y son los mejores recuerdos que tengo de mi trabajo. Ya soy un veterano, y he llegado a diversas conclusiones sobre el espionaje: nada vale la pena, excepto determinados momentos. Como aquéllos, señor, ¿los recuerda? —Simón miró a Brigitte—. Con Número Uno todo era grande, todo tenía envergadura, riesgo autentico…, y todo era sencillo a la vez. Mi admiración por…

—Está bien —cortó Uno—. No estamos aquí para hablar de tiempos pasados.

—No, señor —murmuró Simón—. Bien… Es un asunto un poco… embrollado, pero intentaré explicarlo con claridad y con pocas palabras. Como es natural, en Hamburgo tenemos personal en activo, y también como es natural, los rusos han instalado aquí una célula relativamente importante. Vamos conviviendo. Unas veces nos vigilamos, otras simulamos no vernos unos a otros… Lo corriente. Claro está, también hay agentes de otras nacionalidades, especialmente ahora, que se están desarrollando las maniobras en el Báltico y el Canal de la Mancha…

—Ah, sí —asintió Brigitte—. Lo había olvidado. Se refiere usted, naturalmente, a las maniobras de la OTAN, que han sido llamadas Teawork 76.

—Sí. Ochenta mil hombres en acción, con más de cien unidades

navales de superficie, unos treinta submarinos, y más de trescientos aviones de diversos tipos. Son unas maniobras importantes. Los rusos están disconformes con ellas.

—No faltaría más —sonrió secamente Brigitte.

—Claro —sonrió también Simón—. Dicen que son unas maniobras peligrosas, y que constituyen, en cierto modo, una provocación.

—Bueno —desdeñó Brigitte—, eso lo dicen siempre los rusos, Simón.

—Ya lo sé. Bien, el hecho cierto es que, lógicamente debido a esas maniobras, todo el Norte de Europa, especialmente la franja costera, está registrando un mayor movimiento de agentes secretos de todas las nacionalidades. Sabemos que hay incluso chinos, japoneses y coreanos. Normal. Es un gran despliegue militar… Y militarmente hablando, el Canal de la Mancha y el mar Báltico son en estos momentos el ombligo del mundo…

—Simón —cortó Brigitte—: ¿ustedes creen que han matado a nuestro compañero por algo relacionado con esas maniobras de la OTAN?

—No sabemos qué pensar, porque el asunto, como le digo, está bastante embrollado. Aparentemente, sí, han matado a nuestro compañero por algo relacionado con las Teawork 76. Pero, permítame que le explique lo sucedido. Nuestro Simón, rutinariamente, se dedicaba a vigilar a un agente ruso llamado Pavel Savelich. Rutina, ya le digo. Y de pronto, empiezan a ocurrir cosas: Pavel Savelich mata a Simón, un agente de la OTAN mata a Pavel Savelich, y un coronel norteamericano de la OTAN, llamado Aaron Ringleman, que estaba con Pavel Savelich, se da a la fuga y desaparece. Se lo explicaré de otro modo: el agente de la OTAN, ya sabe, uno de los agentes secretos de ese organismo, que ahora están muy activos por el Norte de Europa, ese agente, llamado Milton Waberly, estaba haciendo su trabajo de husmear por todas partes, y, al parecer, le llamó la atención algo relacionado con los movimientos del coronel Ringleman, así que se dedicó a vigilarlo. Por fin, hace dos noches, Milton Waberly obtuvo su fruto: el coronel Ringleman se entrevistó, por supuesto discretamente, en una zona apartada de la ciudad, con el agente soviético Pavel Savelich. El agente de la OTAN, como usted comprenderá, se interesó vivamente

por lo que pudiesen hablar los dos hombres, aunque no conocía a uno de ellos. Solamente conocía al coronel Ringleman, pero era suficiente… En su afán por escucharlos, se acercó demasiado, y Ringleman y Savelich le oyeron. En un instante, le descubrieron espiándole, y acto seguido sacaron sus pistolas…

—¿El coronel Ringleman iba armado?

—Evidentemente, puesto que disparó contra Waberly. También Savelich sacó su pistola, naturalmente, pero el ruso no tuvo tiempo de disparar: el agente de la OTAN, comprendiendo que era el más peligroso, disparó contra el ruso en primer lugar, metiéndole dos balas en el pecho y matándolo en el acto. Mientras tanto, el coronel Ringleman disparaba contra Milton Waberly, que se tiró al suelo, replicando al fuego… Para no alargarlo: Ringleman consiguió escapar. Así que el agente de la OTAN se encontró solo en aquel solar con el cadáver del agente soviético Pavel Savelich… ¿Me van siguiendo?

—Desde luego. No me diga que el agente de la OTAN avisó a la CIA.

—No, no. El agente de la OTAN avisó a los suyos, claro está. Bien, el caso es que encontraron en una mano de Savelich un microfilme, que, sin duda alguna, acababa de recibir de manos del coronel Aaron Ringleman. Ese microfilme revelaba absolutamente todos los detalles tácticos y logísticos de las maniobras Teawork 76, y se hacía hincapié en sus puntos posiblemente vulnerables a un sabotaje. La conclusión fue sencilla para los mandos de la OTAN: el coronel Aaron Ringleman se proponía vender esa información al servicio secreto soviético. Por fortuna, al aparecer el agente de la OTAN Milton Waberly, esa venta fue desbaratada, Savelich muerto, y el coronel Ringleman está siendo buscado con el interés que pueden ustedes imaginarse. No sé si me he explicado bien.

—Lo ha hecho perfectamente —asintió Brigitte—. Pero, Simón, dígame…, ¿qué tiene que ver todo esto con la muerte de Simón?

—La pistola que tenía Savelich fue la que se utilizó para matar a Simón, al que encontramos de madrugada tirado en un solar, no muy lejos de donde se había producido la entrevista entre Ringleman y Savelich.

—O sea que, según parece, ocurrió lo siguiente: Simón seguía a Savelich, y el agente de la OTAN seguía al coronel Ringleman.

Savelich se dio cuenta de que un americano le seguía, y como en esa ocasión no le interesaba, lo mató. Luego, fue a entrevistarse con el coronel Ringleman…, al cual seguía el agente de la OTAN, y éste mató a Savelich mientras Ringleman podía escapar.

—Exacto.

—Entonces, todo se reduce a encontrar al coronel Ringleman, por diversos motivos. Uno, que es un traidor, bien claro está. Dos, que puesto que conoce todo el alcance de las maniobras, y sabiendo que ha sido descubierto, habrá acudido directamente a los rusos en busca de protección… y facilitándoles verbalmente todo lo que sabe sobre las Teawork 76. Tres, que posiblemente el coronel Ringleman sabe qué pretenden exactamente los rusos con sus conocimientos sobre las maniobras de la OTAN. ¿No es así?

—Yo no lo habría explicado mejor —asintió Simón-Hamburgo.

—Bueno, parece que la CIA y el servicio de inteligencia de la OTAN tendremos que trabajar juntos. De momento, ya hubo un intercambio de información, que condujo a identificar la pistola de Savelich como la que había matado a Simón. ¿Fue Milton Waberly quien buscó ese contacto entre la CIA y la OTAN?

—No. Fue uno de los nuestros introducido en la OTAN. Él sabía que habían matado a Simón, y cuando se enteró de que habían matado a un ruso, lanzó la sugerencia de que la pistola de Savelich fuese examinada. Así de sencillo.

—Entiendo. En cuanto a ese agente de la OTAN, Milton Waberly…, ¿qué ha sido de él?

—Ahora estamos camino de su domicilio de Hamburgo. Como las maniobras van a durar bastantes días, y lógicamente él tendría que moverse mucho, alquiló un apartamento en lugar de instalarse en un hotel. Es más discreto.

—Desde luego… ¿Nuestro Simón ha sido enviado ya a Estados Unidos?

—Salió esta mañana… Seguramente, se han cruzado ustedes sobre el Atlántico.

—Sí —musitó Baby—, pero en condiciones bien diferentes. ¿Están buscando al coronel Ringleman?

—¡Ya lo creo! Hay un montón de hombres de la OTAN y de los nuestros detrás de su pista. Bueno, es un modo de hablar, ya que no tenemos pista alguna concreta. Pero, desde luego, se le está

buscando con saña, esté bien segura.

—En cierto modo —susurró Brigitte—, él es el responsable de la muerte de Simón, ya que Savelich no lo habría matado si no hubiese tenido que entrevistarse con el coronel. ¿No le parece?

—Sí, claro. Pero, en cuestiones de espionaje, y para decirlo de un modo… expresivo, yo no me fiaría ya ni de mi propia madre.

—Me parece que no es usted el único. Bien, veamos qué sacamos en claro en una conversación con ese agente de la OTAN. ¿Cómo es él?

Capítulo II

Milton Waberly debía tener cerca de cuarenta años, tenía el rostro hermético, duro, la expresión concentrada. Sus ojos eran oscuros, inteligentes, y miraban como si tuviesen capacidad para llegar al fondo de la mente de su interlocutor. Alto, macizo, de modales un tanto rudos, pero muy cortés y atento. Con su ropa vulgar, sus cejas espesas, sus modales bruscos, no parecía, ni por asomo, el sofisticado agente secreto de los filmes de acción.

Había alquilado un discreto apartamento en la Alster-Terrase, entre el Botahischer Garten y la Aussen-Alster. Desde el saloncito del apartamento, mirando por los cristales de las puertas que cerraban la pequeña terracita, se veían las luces de las embarcaciones en la laguna, y las de la ciudad, como estrellas de colores. Llovía con intensidad cada vez mayor, hacía frío… y unas docenas de millas más al Norte, en el mar Báltico, parte de aquellos ochenta mil hombres de la OTAN estaban realizando las maniobras.

Waberly había ofrecido *whisky*, que todos habían aceptado. Luego, a petición de la agente Baby, que se había presentado allí convertida en una preciosa muchacha rubia, de ojos verdes, merced a la peluca y las lentillas de contacto, y con el nombre de Lili Connors, el agente de la OTAN había procedido a explicar lo sucedido en la parte que él había protagonizado. Era sobrio, parco en palabras, pero expresivo, y, en líneas generales, su explicación coincidió con la de Simón-Hamburgo. No parecía molesto en absoluto por tener que repetir, una vez más, todo el relato. Era un profesional taciturno y consciente, eso era todo.

—Le agradezco su amabilidad, señor Waberly —murmuró por fin Brigitte, es decir, Lili Connors—. Respecto al coronel Ringleman, ¿qué hacía él en Hamburgo?

—Bueno, él se había desplazado aquí hacía unas semanas, a fin de estar más cerca de la zona de las maniobras. Habitualmente,

reside en Sttutgart, donde, como usted sabe, está el Mando Central Militar de la OTAN. Como uno de los consejeros elegidos para la preparación de las maniobras, se trasladó al Norte, a fin de estudiar el terreno y tomar datos sobre el Báltico…

—¿Es decir, que Ringleman conoce el alcance de las maniobras?

—De principio a fin, según he sabido últimamente.

—Claro. ¿Y por qué no regresó a Stuttgart, cuando fueron iniciadas?

—Según entiendo, quería hacer un estudio de la reacción del personal civil ante las Teawork 76, sobre el propio terreno… Algo así como un estudio psicológico.

—¿Esto es… corriente?

—Que yo sepa, no. Pero, claro, los rusos que por supuesto estaban al corriente de las maniobras, en líneas generales, habían protestado, y quizá Ringleman quiso hacer un estudio sobre el verdadero efecto de las maniobras en el personal civil por ese motivo… De todos modos, si he de serle sincero, fue eso lo que me llamó la atención.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que, cuando supe esto, me vine tras él a Hamburgo.

—¿Quiere decir que… intuyó algo?

—No soy tan sensible —gruñó Waberly—. Solamente soy un agente secreto, así que las cosas poco corrientes me llaman la atención. Ni mucho menos se me ocurrió que el coronel Ringleman pudiese estar tramando algo parecido.

—Ya. ¿Quién se quedó el microfilme que había entregado al ruso Savelich?

—Fue entregado al mando de la OTAN, naturalmente.

—Naturalmente. ¿Y es seguro que con esa información del coronel Ringleman se podían conocer en todos sus detalles las maniobras, y que además de esa información habían sugerencias para un sabotaje en mayor o menor escala?

—Eso dijeron en el mando. Quiero que sepa que nuestra… postura en la OTAN actualmente es bastante molesta, debido a este asunto. No pasará nada, claro, pero es un considerable desprestigio para nosotros, los norteamericanos.

—Sí, lo comprendo. Dígame, señor Waberly: ¿qué objeto tiene la permanencia de usted en Hamburgo? ¿Busca a Ringleman?

—He sido designado jefe de esa operación en cuanto a la OTAN se refiere. Pero, naturalmente, estamos perdiendo el tiempo: en estos momentos, Ringleman debe estar en Moscú.

—Ya. Y, claro, los rusos ya saben todo lo que se puede saber sobre las Teawork 76.

—Yo no lo dudaría ni un instante.

—En la opinión de usted, señor Waberly…, ¿le parece que los rusos pueden realizar algún sabotaje contra la Teawork 76?

—Eso sería una estupidez —gruñó Milton Waberly—. ¡Por todos los demonios, no me diga que usted cree que los rusos son idiotas!

—No —sonrió a medias Lili Connors—, no lo creo. Ni los rusos, ni nadie de nuestra profesión. Sin embargo, el mando de la OTAN asegura que en el microfilme que Ringleman había entregado a Pavel Savelich había sugerencias para sabotaje. ¿Qué opina usted de eso?

El agente de la OTAN se quedó mirando su vaso de *whisky* al trasluz, colocándolo hacia la puerta cristalera de la terraza. Estuvo así unos segundos, antes de soltar un gruñido.

—Que me maten si me veo capaz de opinar algo diferente a lo que he dicho antes: los rusos no pueden ser tan idiotas. Mire, las Teawork 76 son las maniobras más importantes que la OTAN ha realizado hasta la fecha en cuanto a efectivos: más de ochenta mil hombres, trescientos aviones, tres docenas de submarinos, más de cien barcos de superficie… ¡Vamos! —soltó un bufido—. Para sabotear ese potencial militar haría falta…, ¡qué sé yo!, dos o tres flotas soviéticas. Y claro está, ya no sería un sabotaje, sino una agresión directa. En suma: la chispa que encendería la mecha de una guerra… Pero, claro, quizá los rusos, en definitiva, se hayan vuelto idiotas. Todo es posible en este mundo.

Lili Connors quedó pensativa. Luego encendió un cigarrillo, se acercó a las cristaleras y estuvo mirando la lluvia, en silencio, fumando pausadamente. Sus pensamientos se basaban en una lógica irrebatible: simplemente, los rusos habían querido saber todo lo concerniente a las maniobras de la OTAN. Con todos los detalles en todos los aspectos. Esto era normal. Pero si no eran tan idiotas como para intentar sabotear las maniobras (y no lo eran, ella estaba segura de eso), ¿por qué Ringleman había incluido en el microfilme sugerencias para sabotajes? Por otro lado, tal como había dicho

Waberly con muy buen sentido, un ataque a las fuerzas de la OTAN no era tan fácil. ¿Sabotear un conjunto militar como aquél? Absurdo… Para atacar los efectivos de la Teawork 76 hacía falta algo mucho más poderoso que un sabotaje, que a fin de cuentas es siempre una acción menor.

Se volvió de pronto.

—Han estado ustedes en el alojamiento del coronel Ringleman, naturalmente.

—Claro. Él también ocupó un apartamento.

—¿Dónde?

—Pues, como usted comprenderá, yo me alojé cerca de él… El apartamento está a tiro de piedra de éste, prácticamente: en el 12 de la Neue Rabenstrasse; al doblar la esquina, frente a la Theodor Heuss Platz. En dos minutos se llega allí.

—¿La OTAN tendría inconveniente en que yo echase un vistazo a ese apartamento?

Por primera vez, Milton Waberly pareció un hombre sociable y casi simpático cuando sonrió.

—La OTAN agradecería mucho que alguien encontrase en ese apartamento lo que ella no ha podido encontrar.

—Entiendo —sonrió también Brigitte-Lili Connors—. Bueno, no es que pretendamos ser más listos que ustedes, señor Waberly, pero a veces se producen casualidades.

—Ojalá. Nada me gustaría tanto como encontrar una pista que nos llevase a Ringleman. Aunque insisto: ése está ya en Moscú.

—Seguramente. En cuanto a Pavel Savelich —se volvió la espía hacia Simón-Hamburgo— sabemos dónde vivía, claro está.

—Sí, sí. Hacía tiempo que se había instalado allí: 31 Katherinenstrasse, en Altstadt. Vivía rodeado de canales. Es una callecita estrecha y simpática.

—Que debe estar siendo visitadísima por los rusos, claro.

—No. Ni uno.

—¿Cómo que no? —Alzó las cejas Lili Connors.

—Ni uno solo. Tenemos el lugar bien vigilado, y no ha aparecido ni un solo ruso.

—¿Eso es… normal?

—Habitualmente, sí, usted lo sabe muy bien. Pero considerando que hace dos días que Savelich desapareció, pensamos que los rusos

han debido interesarse por él de un modo u otro.

—¿Y no lo han hecho?

—En absoluto.

—Pero… ¿dónde dejaron ustedes el cadáver de Savelich?

Lo tenemos nosotros todavía. La esperábamos a usted… Y además, yo tengo una teoría al respecto.

—Me gustaría escucharla.

—Bueno, Pavel Savelich estaba en Hamburgo con el nombre de Rudolf Neuman; alemán, claro está. Esa era la documentación que llevaba encima. Pero…

—Espere un momento —exclamó Lili—. ¿Cómo saben ustedes que ese Rudolf Neuman era, en realidad, un ruso llamado Pavel Savelich?

—Oh, Savelich era un viejo conocido nuestro, claro. Por eso, cuando apareció por Hamburgo, nos dedicamos a vigilarlo, Nos enteramos de que utilizaba el nombre de Rudolf Neuman, pero eso nos pareció natural. Tan natural como que se hubiese dejado barba, bigote, grandes patillas… Demonios, es de lo más corriente.

—¿Están seguros de que los rusos no se han interesado por… Rudolf Neuman?

—Sí.

—Entonces…, ¿quizá han estado ustedes en su apartamento?

—Se pensó en ello. Luego, comprendimos que vendría usted, como siempre que matan a uno de los nuestros. Y finalmente, pensamos que incluso podía ser una trampa. O sea, que quizá todo esté lleno de rusos… y nosotros no hayamos podido ver ni uno solo.

—¿Eso le parece posible?

—No —gruñó Simón-Hamburgo.

—Entonces…, ¿no hay rusos?

—En Hamburgo, muchos. Interesados por Savelich, ni uno.

—¡Pero eso es increíble!

—Así están las cosas —encogió los hombros Simón.

—Pero vamos a ver…, ¿acaso Savelich no se relacionaba con sus camaradas de algún modo o en algún momento?

—No… No.

—¿En ningún momento?

—No.

—¿O sea… que estaba… desligado, en labor solitaria?

—Ahora que usted lo dice, así debía ser.

—Pero… ¿qué hacía en Hamburgo?

—Nada. Aparentemente, nada.

—Aparentemente, nada —musitó Lili—. Veamos, ¿quizá yo no lo he entendido bien, y resulta ahora que Pavel Savelich era un agente de primerísima categoría?

—De ninguna manera —farfulló Simón—, era un don nadie, ya sabe lo que quiero decir.

—Sí, lo sé. Del mismo modo que sé perfectamente que un don nadie nunca actúa solo en nada importante. No está capacitado.

—Quizá se pensó precisamente en la insignificancia de Pavel Savelich como ideal para su contacto con el coronel Ringleman. Y fue enviado aquí sin que sus compañeros de Hamburgo lo supiesen.

—Vamos, Simón… ¿Usted enviaría a un agente de tercera o cuarta categoría a recoger un microfilme como el que nos ocupa, de las manos de un coronel norteamericano adscrito a la OTAN?

—No.

—Pues ya volvemos a los mismo: ¿son idiotas los rusos?

—No.

Brigitte reflexionó unos segundos, y luego miró a Número Uno, que había permanecido en el más absoluto silencio, sentado en un sillón y bebiendo apaciblemente su *whisky*. Número Uno captó la mirada, alzó las cejas y luego se puso en pie, acercándose a Brigitte. Los dos delante del balcón, comenzaron a cuchichear, en voz baja, y, además, en español. Quien más hablaba era Lili Connors, y quien más asentía era Número Uno.

Por fin, éste asintió por última vez, fue a dejar el vaso en la mesita y, sin más, abandonó el apartamento.

—¿Adónde va? —preguntó Simón.

—Él va a encargarse de hacer una visita al apartamento del coronel Ringleman —explicó Lili Connors—. Contando, claro está, con que el señor Waberly será tan amable de informar a sus compañeros de la OTAN de que no deben molestarlo. ¿Cuento con ello, señor Waberly?

—Los llamaré por radio —asintió Milton Waberly.

—Muchas gracias. Nosotros vamos a hacer una visita al apartamento de Pavel Savelich… Mejor dicho, de Rudolf Neuman. No faltaría más —se apresuró a decir en cuanto Waberly abrió la

boca—: Le pondremos a usted al corriente de cualquier cosa que nos parezca digna de interés. ¿O quizá preferiría venir usted con nosotros?

—Francamente, sí —gruñó Waberly.

—Pues está invitado —sonrió la agente Baby.

Capítulo III

Habría sido de lo más absurdo qué tres espías de la talla de Simón-Hamburgo, Milton Waberly y la agente Baby hubiesen tenido dificultades para entrar en el apartamento de Rudolf Neuman en el 31 de Katherinenstrasse. El procedimiento fue por demás simple: Baby utilizó una de las ganzúas que llevaba en su maletín para abrir la puerta, en lo cual invirtió apenas una docena de segundos.

Como quiera que, por otra parte, estaban ya más que convencidos de que no había rusos por los alrededores, tampoco se complicaron la vida en cuanto estuvieron dentro; encendieron la luz, y comenzaron, con toda calma, un registro sistemático, como sólo saben hacerlo auténticos expertos.

El apartamento se componía de un saloncito, una cocina diminuta, un cuarto de aseo no menos diminuto, y dos habitaciones, una de las cuales era aceptable, y la otra poco más grande que el cuarto de aseo. Un alargado ventanal daba al exterior, a la Katherinenstrasse, desde el saloncito. Y ahí terminaba todo.

Los resultados fueron, además de lógicos, espectaculares. Milton Waberly encontró, detrás del respaldo de la cama, un sobre que contenía cien mil marcos alemanes, en billetes de cien, nuevos, flamantes. En uno de los cajoncitos de la librería del salón, Simón encontró, dentro de una carpeta que contenía recortes de periódicos sin ningún interés aparente, dos pasaportes y un paquetito de cartas. Uno de los pasaportes era ruso, a nombre del ciudadano soviético Pavel Savelich. El otro pasaporte era austríaco, a nombre de Franz Wihelmayer, pero, ciertamente, la fotografía que figuraba en el pasaporte era la misma que en el otro, es decir, la correspondiente al extraordinario Pavel Savelich. En el paquetito de cartas debían haber catorce o quince, y todas ellas, dentro de sus sobres, estaban dirigidas a aquella dirección, a nombre de *herr* Rudolf Neuman. La letra era de mujer, sin lugar a dudas. Y todas las

cartas habían sido cursadas en Berlín, bien claro destacaba el matasellos de la gran ex capital alemana.

—Están escritas en ruso, me parece —comentó Simón.

—Pues nos han fastidiado —gruñó Waberly.

Simón-Hamburgo consiguió una sonrisita y se acercó a Baby mostrando el paquete de cartas. Waberly podía sentirse fastidiado, pero no él, pues sabía perfectamente que Baby, o sea, la preciosa rubia que ante Waberly había pretendido presentarse como Lili Connors, no tendría la menor dificultad en leer aquellas cartas femeninas.

—Lo seguro es que no son de amor —dijo Waberly.

Lili Connors se quedó mirándolo con cierta expresión hosca.

—¿Por qué no? —Encogió los hombros Waberly—. Usted está olvidando que Savelich era ruso.

—¿Cuál es la diferencia entre Savelich y nosotros?

—No creo que debamos discutir. Lo sabremos todo, si, como interpreto, usted es capaz de traducir esas cartas.

—Lo soy —asintió la espía más astuta del mundo.

Y quizá por eso, por astuta, se quedó mirando la pequeña discoteca que había en un lado de la librería. Había un tocadiscos, y debajo un armarito destinado a los discos. Lili Connors los había colocado todos encima de una mesita, y los había estado examinando mientras sus colegas buscaban por otra parte.

—Parece que Savelich era aficionado a la música —dijo Simón.

—Esto es una barbaridad —susurró Lili Connors—. Vea estos nombres, Simón. Parece como si toda Rusia estuviese representada en estos discos. Hay música de Mihail Glinka, Dargomisky, Serov… Y de los llamados «Los Cinco»: Cui, Balakirey, Mussorgsky, Borodin y Rimsky-Korsakov. Tenemos música de Antón Rubinstein, tenemos música de Tchaikovsky, Glazunoy, Grechaninoy, Cherepnin, Arensky, Stravinsky, Scriabin, Rachmaninoy, Prokofiey, Obukov… Algo así como una síntesis de la historia de la música rusa.

Simón y Waberly, que estaban con la boca abierta, reaccionaron a la vez, el primero encogiendo los hombros y el segundo soltando un bufido, y añadiendo:

—Solamente un desgraciado como Savelich podía hacer cosa semejante. ¿A quién se le ocurre comprar lo más representativo de la música rusa?

—¡También hay un vals! —sonrió levemente Lili.

—¿Un qué? —exclamó Waberly.

—Un vals. Bueno, hay música vienesa, condensada en un solo disco, un longplay, cuyo título es «El vals de los besos». Y éste es el título del vals que encabeza el disco.

—¿Y de quién es el vals? ¿De Rachmaninov?

—No. De Johan Werner.

—Querrá decir Strauss.

—No, no. Johann Werner. Me suena el nombre… Es uno de esos compositores actuales de poca suerte que quizá dentro de unos años vea incrementada su fama. Aunque no me parece probable: el tiempo de alcanzar la fama universal e inmortal ya pasó.

—Caracoles… —farfulló Waberly—. ¡Usted sí que entiende de música!

—Lo suficiente, al menos, para saber que este disco del «Vals de los besos» encaja aquí lo mismo que un elefante en una bandada de mariposas.

—¿Qué quiere decir?

—Que no tiene sentido. Que el «Vals de los besos» no encaja con el resto de la música en conserva que tenía Savelich.

Se quedaron mirando los tres el disco que sostenía Lili en alto. Por fin, ésta encogió los hombros, puso el disco en el plato del tocadiscos, y accionó el mando de éste. Hubo un siseo de surcos vacíos y, en seguida, comenzó a sonar el «Vals de los besos» en el pequeño apartamento del fallecido agente soviético.

—Es bonito —dijo Simón-Hamburgo—. Y alegre. Yo diría que es… Bueno…

—¿Romántico? —sugirió Baby.

Simón miró de reojo al irónico Waberly, y masculló:

—Pues sí, es romántico. Lo que no es romántico son estos cien mil marcos. Las cartas puede que sí.

Lili Connors ni siquiera dirigió una mirada al dinero. Pero se hizo cargo de, las cartas, cuyos matasellos eran de, Berlín. Cierto, estaban escritas en ruso, y la teoría de que la letra era de mujer fue confirmada en seguida.

—La firma —dijo Baby— es de Una mujer que se llama Tatiana Veruska. La última carta es de hace apenas dos semanas. La primera, de hace ocho meses.

—Bueno, pero… ¿qué dicen? —masculló Waberly.

—Son de amor.

—Como el vals —sonrió Simón-Hamburgo—. Ejem… ¿Qué dicen las cartas?

—Sigan buscando por ahí, mientras las leo. Luego, ya traducidas, podré leerlas mejor.

Los dos hombres siguieron buscando, mientras Lili Connors leía las cartas, sin prisas, sentada junto a la librería. No tenía ninguna dificultad en entender todo el contenido de cada una de las misivas que, en efecto, eran de amor, consideradas bajo un prisma y una mentalidad soviéticas.

—Hay algo más —dijo Waberly, mostrando un *ticket* y un papel —. Un billete de tren a Viena, solamente ida. Y un billete de ida y vuelta, también a Viena. Me pregunto…

—Tiene sentido —murmuró Brigitte—. Siéntense.

Comenzó a leer la primera de las cartas elegidas:

> *«Amado Pavel: no puedo aceptar las condiciones de tu última carta, porque son demasiado peligrosas para ti. Tengo tantos deseos como tú de estar juntos, pero no debemos precipitarnos. Temo mucho por tu vida, después de lo que has hecho. Ya han estado dos veces aquí, a preguntarme por ti, pero he conseguido convencerlos de que no sé nada. Incluso he dicho (¡perdóname!) que dejaste de interesarme en el mismo momento en que te fuiste de Rusia. Te escribiré siempre que pueda por el mismo conducto, pero te suplico que tú tengas mucho cuidado. Si alguna de tus cartas fuese interceptada, tú y yo estaríamos perdidos. Con mi amor.*
>
> *»Tatiana Veruska».*

—Apostaría cualquier cosa a que ese nombre es tan falso como el matasellos de Berlín… —dijo Simón—. Lo que quiero decir es que esa Tatiana Veruska debe llamarse Katia, quizá, pero nunca Tatiana. En cuanto al matasellos de Berlín, es evidente que Tatiana ha encontrado el modo de que algún amigo de ella, y posiblemente también de Savelich, saque las cartas de Rusia y les dé curso en Berlín.

—Evidentemente —asintió Lili—. Escuchen esta otra carta…

«Amado Pavel: tu última carta me ha llenado de gozo y de tristeza al mismo tiempo. A mí lo mismo me da Viena que cualquier otro lugar del mundo para vivir juntos y en paz, olvidados de todos, pero si a ti te gusta Viena, o te parece adecuada, yo lo acepto. Sólo pienso que está demasiado cerca de Rusia, y que quizá sería conveniente buscar otro lugar más lejos donde vivir. Me ha emocionado tu explicación sobre ese disco vienes de El vals de los besos. *Como sabes, no sé bailar el vals, pero creo que todo el mundo puede aprender a bailarlo…, y espero saber hacerlo cuando nos reunamos. Por favor, conserva «El vals de los besos» para entonces, no dejes de escucharlo ni de pensar en mí. La persona que nos está ayudando al pasar la correspondencia de un lado a otro, dice que es posible que pronto pueda sacarme de Rusia. Te ruego que seas prudente y paciente. Te ama.*

»Tatiana Veruska».

Después de la lectura de esta carta, Lili Connors no esperó comentario alguno para comenzar con la siguiente que había seleccionado:

«Amado Pavel: estoy asustada.

»Comprendo muy bien tu entusiasmo y tu alegría, expresadas en la última carta tuya que ha llegado a mi poder, pero tengo miedo. Me parece todo demasiado fácil y hermoso. No voy a preguntarte de dónde esperas conseguir dinero para tus proyectos, porque sé que eres inteligente, pero piensa en los riesgos que los dos vamos a correr si, tal como tú me pides, salgo de Rusia inmediatamente, sea como sea. Para escapar de un modo efectivo, hace falta mucho dinero, y tenerlo todo muy bien preparado. Estoy muy asustada…, pero si tú me dices que ha llegado el momento, haré lo que me pidas. Sólo te suplico que te asegures bien de tus posibilidades, en beneficio de los dos.

»Dime si continúas escuchando «El vals de los besos»… Yo no encuentro ocasión de aprender a bailar el vals, pero no importa; aprenderemos los dos juntos, en Viena, cuando nos reunamos.

»Te ama más que nunca.

»Tatiana Veruska».

Se hizo el silencio. Waberly y Simón habían quedado pensativos, con la cabeza baja. Waberly fue el primero en alzarla.

—¿Qué dicen las otras cartas? —musitó.

—En resumen, lo mismo que estas tres que he seleccionado, pero de diferente modo y con idéntico apasionamiento.

El jefe de la CIA en Hamburgo se rascó furiosamente el cogote.

—Bueno, yo creo que la cosa está clara, ¿verdad? Ese pobre desdichado, Pavel Savelich, era un desertor de los servicios secretos rusos. De otro modo, nada resulta comprensible.

—Vamos, no digas tonterías —farfulló Waberly—. ¿Qué demonios había de hacer Savelich relacionándose con el coronel Ringleman si no fuese por cuenta de la MVD?

—Hombre, la cosa está tan clara que…

—¡Tonterías! —bufó Milton Waberly—. ¡A mí van a venir a pegármela con ese viejo truco! Escuche, llevo metido en asuntos de espionaje más de quince años, y he vigilado a tipos de toda clase. Para mí, todo esto es una majadería de los rusos.

—Pero hemos quedado —intervino Lili Connors— en que los rusos no son idiotas, señor Waberly.

—Bueno, ¿y qué? —Casi se irritó el agente de la OTAN—. Mire, señorita Connors, yo tampoco soy idiota, ¿sabe usted? Vamos a hablar claro; aunque nadie ha mencionado su nombre concreto, tengo el suficiente olfato para comprender las cosas. Usted es la agente Baby, de la CIA… ¿*Okay*?

—*Okay* —asintió, casi sonriente, Lili Connors.

—¿Le parece que soy un tipo endemoniadamente listo por haber comprendido eso?

—Francamente, no, señor Waberly.

—Pues eso. A mí, ese hueso me huele demasiado bien… Me refiero a lo de Savelich. Los rusos han montado algo, eso es todo. Y no me diga que usted no es capaz de olfatear lo mismo que un maldito desdichado como soy yo.

—Tranquilícese.

—Estoy tranquilo. Bastante cabreado, pero tranquilo. Eso de que pretendan tomarme el pelo ha sucedido ya en más de una ocasión.

—¿Lo consiguieron? —se interesó Simón.

—Las suficientes veces como para que yo haya aprendido ya a proteger mi cabellera. ¡Un ruso desertor…! ¡Bah, al demonio!

Lili Connors se quedó mirando de uno a otro hombre. Luego, colocó de nuevo el disco en el que estaba grabado en primer lugar, y en la cara A, «El vals de los besos», se sentó, encendió un cigarrillo y se puso a escuchar la música. Habría sido difícil saber cuál de los dos hombres estaba más pasmado, si el agente de la CIA o el de la OTAN.

—Pero ¿qué dem…?

—Sssst… —pidió la divina—. La buena música siempre es digna de oírse, señor Waberly. Escuchemos otra vez «El vals de los besos».

Lo escucharon. Era, simplemente, un vals. Agradable, dulzón, romántico, como todos los valses. No tenía nada de especial, realmente. Un vals de la más clásica y tópica Viena, parecido a los del gran introductor del vals, Johann Strauss. Era… como un dulce de pastelería profesional: agradable, encantador…, pero igual a muchos otros dulces salidos de los hornos en cadena.

Cuando terminó «El vals de los besos», hubo un breve silencio, durante el cual sólo se oyó el deslizarse de la aguja del tocadiscos sobre los surcos vacíos de separación hasta la próxima pieza. Cuando ésta comenzó, Lili Connors se puso en pie, alzó el brazo del tocadiscos con la aguja, y la música cesó. Waberly soltó uno de sus resoplidos. Simón-Hamburgo sonreía ceñudamente.

—Debía ser un ruso muy romántico —comentó.

—¡Debía ser una mierda! —estalló Waberly—. Escuchen, si ustedes van a dedicarse a estas tonterías, yo voy a tomar otro camino, por muy Baby que sea la señorita… ¿Me explico?

Baby y Simón cambiaron una mirada amable, de condescendencia. Conocían aquel tipo de espía o de contraespía: impaciente, rudo, siempre dispuesto a resultados prácticos, visibles, lógicos, y, a ser posible, inmediatos. Para ellos, aunque tuvieron la cortesía de no demostrarlo, Milton Waberly era el clásico agente secreto que piensa demasiado de prisa, y que cualquier día se encuentra con la soga al cuello: es decir, camino de la muerte.

—¿Cómo están nuestras relaciones con los rusos en Hamburgo, Simón? —preguntó Lili.

—Normalmente, bien. Bueno, razonablemente bien, ya sabe. En estos días, debido a las maniobras, pues… Bueno, yo diría que todos estamos un poco nerviosos, simplemente.

—¿Podríamos conseguir contacto con uno de ellos…, que tuviese más de cuarenta y cinco años?

—Zakanov —dijo en el acto Simón—. Emil Zakanov. Es todo un veterano, más frío que el hielo.

—Ése es el que me interesa. Consígame una cita con él, en un lugar tranquilo y discreto.

—Bien.

Waberly, que iba mirando de uno a otra, masculló:

—Están gastándome una broma, claro.

Lili Connors se limitó a sonreír y a señalar la puerta a Simón, que abandonó el apartamento. Luego, la espía internacional recurrió a su radio de bolsillo, apretando el botoncito de llamada.

—¿Sí? —Sonó la voz de Número Uno.

—Soy yo, mi amor. ¿Has encontrado algo?

—Quizá.

—¿Cómo, quizá? —exclamó Waberly—. ¿Qué quiere decir con eso? ¡O ha encontrado algo o no ha encontrado nada!

Lili le puso en una mano su radio, con gesto amable.

—Le aseguro que Número Uno no es sordo, señor Waberly. De todos modos, si ha de discutir con él, le irá mejor tener la radio más cerca de su boca.

—¡Si la OTAN no encontró nada en ese apartamento, quiere decir que no hay nada! ¿Se entera usted, Número Uno?

—Enterado —se oyó de nuevo la voz de Número Uno—. Eso es todo. Corto.

—¿Cómo que cort…? ¡Ha cortado!

Lili recuperó su radio, apretó de nuevo el botón y la guardó en su maletín.

—Señor Waberly, voy a decirle una cosa: conmigo puede usted tener un relativo mal genio, e incluso ser algo descortés, pero es una tontería tener mal genio con Número Uno, por la sencilla razón de que en eso no hay quien le gane.

Milton Waberly, que había enrojecido, se mordió los labios y se quedó mirando hoscamente el suelo, por fin.

—Lo mejor será que nos marchemos de aquí, muy tranquilos, puesto que la CIA continuará, por el momento, vigilando este apartamento. La verdad, señor Waberly, es que estoy bastante cansada. Me pregunto si sería usted tan amable de permitirme pasar

la noche en su apartamento.

—Será un placer —gruñó el agente de la OTAN.

Capítulo IV

El tiempo era infame… No hacía demasiado frío, pero el cielo estaba encapotado, amenazando lluvia, y todo se veía gris, desagradable. Era como una pesada losa de tristeza que pesaba sobre la muy rusa alma de Emil Zakanov.

Sin embargo, Emil Zakanov habría soportado un tiempo mucho más desapacible para satisfacer su curiosidad. Nada menos que una entrevista con un representante de la CIA, en aquellos momentos en que había un malestar general, que se reflejaba desde Moscú. Frecuentemente, Emil se preguntaba si, a fin de cuentas, aquella actitud del Kremlin no era otra cosa que una postura fija, estudiada y determinada. Claro, Rusia no podía acoger con agrado aquella demostración de poderío naval de la OTAN. Rusia, siempre en su pretendido papel de pacifista, tenía que reaccionar como lo estaba haciendo, esto es, poniendo el grito en el cielo. Consecuencia: las relaciones entre agentes rusos y americanos, especialmente, se habían enfriado en Hamburgo. Como el tiempo…

Una vez más, Emil Zakanov consultó su reloj. Parecía imposible, pero aún no era la hora de la cita. Faltaban tres minutos… De cuando en cuando, como una oleada de frío todavía más intenso que el climatológico, Zakanov pensaba que podía ser una trampa yanqui para eliminarlo, pero en seguida pensaba que era absurdo. Le conocían bien, y para cargárselo no hacía falta echarle tanto teatro al asunto; podían esperarle en cualquier esquina, apuntarle a la espalda, ¡pam, pam, pam!, tres balazos en la espalda, y listo el asunto. No… No parecía posible que le hubiesen citado frente a la Hauptkirche Sankt Michaelis a aquella hora de la mañana sólo para cargárselo. ¡Qué tontería!

Se echó otra vez el aliento a las enguantadas manos, y estaba pensando en quitarse los guantes para poder encender un cigarrillo, cuando vio a la mujer que se acercaba lentamente. Era de edad

mediana, pelirroja, llevaba lentes, un grueso abrigo barato, feos zapatos, un gran bolso de color marrón espantoso…

Sí señor. Emil Zakanov era todo un veterano. Se quedó mirando a la fea mujerona pelirroja, que, como quien no quiere la cosa, acabó por acercarse a él. Cuando quedó a tres pasos de Emil Zakanov, éste miró de nuevo su reloj: eran las nueve en punto de la fría mañana.

—Todo termina —dijo la mujer—. Incluso el verano.

—Aún es verano —dijo Zakanov—. Cuando menos, de acuerdo al calendario para el hemisferio Norte.

—Pero hace frío.

—Regular, nada más. ¿Es usted alemana?

—Naturalmente —dijo la pelirroja, hablando en todo momento en este idioma.

—Bueno —sonrió el ruso—, pues yo soy Santa Klaus ¿comprende? Lo que quiere decir que si se porta usted de modo coherente, es posible que le haga un regalo para sus Navidades norteamericanas… No sé si me explico.

La mujer pelirroja, más bien gorda y fea, sonrió. Miraba con divertida expresión a Zakanov, a través de los cristales de sus lentes.

—Se explica usted bien, camarada Zakanov. Espero que haya tenido la delicadeza de acudir sólo a la cita, tal como se convino. Quiero decir que si a nuestro alrededor hay otros agentes de la MVD, voy a sentirme molesta.

—¿Por qué habría de molestar a mis camaradas sólo para que viesen a una espía yanqui? Estamos muy ocupados. ¿Lo sabía?

La pelirroja señaló hacia la fachada de la iglesia de San Miguel, y los dos se acercaron allí.

—¿Están trabajando en el asunto de las maniobras de la OTAN? —preguntó ella.

—Naturalmente.

—Es una tontería, considerando que muy probablemente el coronel Ringleman pueda proporcionarles muy pronto, de viva voz, toda la información que precisen al respecto. O quizá ya lo esté haciendo en Moscú. Aunque, claro, desde Moscú no tienen por qué desmovilizar a todos los agentes concentrados en esta zona actualmente… Lo mejor es dejar que sigan trabajando.

—Me parece que no comprendo muy bien.

—Vamos, Emil… —le sonrió ella—. No me diga que no sabe quién es el coronel Ringleman.

—Se me está ocurriendo, debido al tono y tema de nuestra conversación, que puede ser un coronel americano destinado en la OTAN… Sí… ¡Ahora lo recuerdo! Ringleman, sí… Lo recuerdo.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—¿Tampoco les suena el nombre de Pavel Savelich?

—Es un nombre ruso.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Bueno, le diré que nosotros tenemos a su camarada Pavel Savelich.

—¿Han capturado a uno de los nuestros? ¿Por qué?

—Porque mató a un agente americano. ¿No lo sabía usted?

—Ni siquiera sabía que hubiese por aquí uno de los nuestros llamado así. ¿Por qué mató Savelich al americano?

—Porque le vigilaba, y le vio hacer contacto con el coronel Ringleman.

—Ringleman… Mi memoria está funcionando. Creo que es un coronel americano destinado al Mando Estratégico de la OTAN, me parece. Sí, sí… Tiene que ser él. Claro que si usted me dice que estoy equivocado, lo aceptaré.

—No está equivocado. Y yo diría que conoce mejor el nombre de Aaron Ringleman que el de Pavel Sayehch.

—Así es. Puede creerlo o no, pero es la primera vez que oigo hablar de Pavel Savelich. En cambio, he oído hablar bastante del coronel americano Aaron Ringleman.

—Eso es evidente. Sin duda, usted ha sido uno de los agentes rusos que le han ayudado a dar el salto hasta Moscú.

—¿A quién?

—Al coronel Ringleman.

Emil Zakanov se quedó mirando, estupefacto, a la pelirroja. Luego, utilizando dos de sus enguantados dedos, se rascó enérgicamente la cabeza.

—Sigo sin entender nada de nada —aseguró.

—Pues está bien claro: el coronel Ringleman se puso en contacto con Pavel Savelich para venderle toda la información relativa a las

Teawork 76 en el Báltico y el Canal de la Mancha. Un agente de la CIA, que vigilaba a Savelich, fue asesinado por éste, cuando se dirigía al encuentro del coronel Ringleman; a su vez, un agente de la OTAN que vigilaba al coronel Ringleman por pura rutina, capturó a Savelich, mientras el coronel Ringleman escapaba… Savelich tenía el microfilme en el que Ringleman recogía toda la información relativa a las maniobras de la OTAN, de modo que Ringleman tuvo que escapar sin el microfilme. Pero, claro, en estos momentos debe haber informado, de viva voz, en Moscú, de todo lo que es posible informar sobre las Teawork 76. ¿Lo comprende ahora?

Emil Zakanov, que había quedado con la boca abierta, en cómico gesto de estupefacción, la cerró de pronto, con fuerte sonido de dientes.

—Usted está loca… —farfulló—. ¿Sugiere que, en estos momentos, en Moscú saben todo lo referente a las maniobras de la OTAN, gracias a que el coronel Ringleman está allí, y lo ha dicho todo?

—Sí.

—Váyase al demonio… ¿Qué cuernos hacemos, entonces, todos los agentes rusos de Europa Oriental metiendo las narices en todas partes para enterarnos de lo qué podamos al respecto?

—¿No tienen a Ringleman? ¿No saben todo lo referente a las Teawork 76?

Emil Zakanov abrió la boca…, pero la cerró de nuevo con aquel seco gesto que hacía sonar sus mandíbulas. Estuvo unos segundos mirando con suma atención, astutamente, a la pelirroja. De pronto, sonrió.

—Está bien —dijo—. ¿Qué es exactamente lo que usted ha venido a decirme?

—Ahora empezamos a entendernos. Así que vamos a hablar con la máxima claridad posible: quiero que vaya a decirle a sus jefes que tenemos a Pavel Savelich y pruebas concluyentes de que el coronel Ringleman, con toda la información relativa a las maniobras de la OTAN, se ha pasado a ustedes. O sea, que los rusos saben todo de todo. Así pues, si ocurre algún… extraño percance en esas maniobras, todos los países pertenecientes a la OTAN van a ser informados de lo sucedido, de modo que, si bien todos sabrán que el origen de esos extraños percances proviene de la traición de un

norteamericano, los daños materiales en las maniobras serán obra de Rusia. ¿Lo entiende ahora, Emil?

—Usted está loca —insistió Emil Zakanov.

—Vaya a comunicar mi recado a sus jefes. Esto es una radio de bolsillo made in USA —le entregó el pequeño aparato—. Cuando hayan tomado una decisión razonable, llámeme por ella y nos entenderemos.

—¿Qué es, según usted, una decisión razonable?

—Está basada en dos puntos. Uno: nada debe suceder fuera de programa en las maniobras de la OTAN. Dos: queremos que el traidor coronel Ringleman nos sea devuelto.

—Y todo eso…, ¿a cambio de qué?

—De nuestra comprensiva postura, al no denunciar, ya, públicamente, los intentos de Rusia para sabotear las maniobras de la OTAN.

El agente soviético quedó de nuevo con la boca abierta. En toda su vida de espía había sido objeto de trato semejante, ni había visto una desfachatez como la de aquella mujer. Porque pedir que nada sucediese en las maniobras de la OTAN tenía una lógica aplastante, pero… ¡pedir que les devolviesen a un hombre del valor informativo del coronel Ringleman era ya un delirio!

De todos modos, cuando vino a darse cuenta, estaba de nuevo solo, con aquella pequeña radio made in USA en una mano. Y sólo entonces, justo en aquel momento, Emil Zakanov se paró a pensar en la posible identidad de aquella agente de la CIA que había provocado la entrevista.

Cuando se dio a sí mismo una de las posibles respuestas, Emil quedó una vez más con la boca abierta… Pero no. Claro que no; la agente Baby no podía ser tan cretina como para pedir semejante cosa a Moscú.

Aquella pelirroja debía ser, simplemente, una retrasada mental.

Mientras tanto, la pelirroja, que se había alejado rápidamente Gerstackerstrasse adelante, fue recogida muy pronto por un automóvil conducido por Número Uno. El coche se alejó de allí rápidamente…, seguido por otro en el que iban Simón-Hamburgo y otro agente de la CIA, que completaban el cerco de seguridad en torno a la espía internacional.

Ésta encendió dos cigarrillos, puso uno en los labios de Número

Uno, y dijo:

—No saben nada.

—¿Estás segura?

Baby vaciló un instante, y sonrió desganadamente.

—Ya sabes que no podemos estar seguros de nada, mi amor. Pero mi opinión es que no saben nada.

—Considerando que tu margen de error, en estas cosas, es siempre mínimo, vamos a dar por sentado que, en efecto, no saben nada. Lo que nos lleva a dos conclusiones. Una, que Pavel Savelich era un agente mucho más importante de lo que hasta ahora habían creído los de nuestra querida CIA, y que estaba aquí, sin duda alguna, para realizar este contacto con el coronel Ringleman. Dos, que según las cartas de Tatiana Veruska, Pavel Savelich era un desertor del espionaje ruso, que estaba dando tumbos por aquí esperando la ocasión de sacar de Rusia a Tatiana para largarse con ella. En ambos casos, tenemos que aceptar como lógico que el resto de agentes soviéticos no supiesen nada de la presencia y andanzas de Savelich en Hamburgo.

—Hablas muy poco —sonrió Brigitte—, pero cuando lo haces zanjas la cuestión.

—¿Le has dicho a Zakanov que tenemos vivo a Savelich?

—Claro. Vamos a esperar su reacción. Si tal reacción no es convincente, o no se produce antes de seis horas, pensaremos en lo del Kaiser Hotel. Ha sido una dura lección para Waberly.

—Se la habría ahorrado, si él y sus colegas de la OTAN hubiesen trabajado mejor.

—Bueno, mi amor, no debes ser tan duro con nuestros colegas, sean cuales fueren. Es como si Yehudi Menuhin, el gran violinista, fuese duro con nosotros porque no sabemos tocar el violín tan bien como él.

—Hay otra cuestión —encogió los hombros Uno—: si el coronel Ringleman estaba tratando con Savelich, el cual, a su vez, había encontrado un trabajo ajeno a la MVD, pero que le iba a proporcionar una buena cantidad, las cosas van a complicarse, ya que todo esto significaría que hay alguien, aparte de los rusos, interesado en las maniobras de la OTAN. Alguien que tenía contratado a Savelich y que, tras hacer tratos con el coronel Ringleman, le hizo venir a Hamburgo, y envió a Savelich, como

aceptable profesional, para que llevase las negociaciones.

—Parece muy claro. Y ese alguien, posiblemente, esté en el Kaiser Hotel.

—Posiblemente…, aunque a Waberly le haya escocido esa pista encontrada por mí. De todos modos…, ¿tú te imaginas a alguien que, con medios privados, particulares, pretenda nada menos que sabotear unas maniobras como las Teawork 76?

—Puede ser uno de esos locos que nos hemos encontrado en ocasiones —murmuró Brigitte.

—Es posible. Bien, hasta que Emil Zakanov te llame, tendremos que mantener una relativa duda sobre todo esto. Lo malo es que, diga lo que diga Zakanov, no podremos estar seguros de nada, de todos modos.

—Y mientras tanto, la pregunta es: ¿está Ringleman ya en Moscú, realmente…, o continúa en Hamburgo, protegido por ese… aventurero privado, que Dios sabe lo que puede estar tramando?

—Creo que lo mejor sería que me ocupase yo de lo de las balas. ¿Te va bien apearte aquí?

—Eso de las balas no es un trabajo digno de ti —murmuró Brigitte.

—¿Disponeos de alguien más que pueda realizarlo?

—Podrían hacerlo mis Simones.

—Demasiado visto. Yo creo que está bien tal como lo acordamos anoche.

—Está bien —suspiró ella—. Para donde quieras, mi amor.

Número Uno detuvo el coche, y la pelirroja se inclinó hacia él, le besó en los labios, y le hizo una caricia muy personal, que hizo fruncir el ceño al espía.

—Tómatelo con calma —rió ella, dulcemente—. Hasta luego.

Se apeó, y se dirigió hacia el coche de la CIA, que se había detenido también, para recogerla y llevarla al apartamento de Milton Waberly, que se había convertido en el cuartel general de la investigación en torno al asunto del coronel Ringleman.

* * *

—¿Y adónde ha ido Número Uno? —inquirió Waberly.

—Está realizando pequeñas gestiones, señor Waberly; no se

preocupe por él.

El agente de la OTAN miró sorprendido a Lili Connors, y acabó por soltar un gruñido. Aquello sí que tenía gracia: preocuparse por Número Uno. No sólo era un hueso muy duro de roer, en el aspecto activo, sino que había demostrado que su mente estaba en óptimas condiciones para hacer frente a cualquier contingencia.

Sí, en óptimas condiciones. La noche anterior, en su búsqueda por el apartamento que había estado ocupando el coronel Aaron Ringleman, Número Uno había fijado su atención, finalmente, en el listín telefónico, concretamente en los teléfonos que constaban en el edificio número treinta y uno de la Katherinenstrasse, es decir, donde había estado viviendo Rudolf Neuman, o sea, Pavel Savelich. ¿Por qué lo había hecho? Por nada especial.

Sin embargo, cuando localizó el número treinta y uno de la Katherinenstrasse, los teléfonos impresos en el listín perdieron todo interés para Número Uno. Solamente le interesó el número escrito a mano por alguien, precisamente junto a los teléfonos del 31 de la Katherinenstrasse. ¿Era casualidad que aquel número estuviese escrito precisamente en aquel listín telefónico? ¿Quizá el ocupante anterior del apartamento era quien lo había escrito? ¿Realmente? ¿Realmente podía admitirse que otra persona hubiese escrito aquel número junto a la dirección donde vivía un agente soviético?

Quizá.

Pero, muy poco después, aquella misma noche, aquellos números fueron cotejados con los que Aaron Ringleman había escrito en pequeñas notas sin importancia, y que obraban en poder de la OTAN. El resultado fue que los números que constaban en el listín telefónico, escritos a mano junto a los teléfonos impresos correspondientes al 31 de la Katherinenstrasse, fueron identificados como pertenecientes al coronel Ringleman.

¿Conclusión final?: Ringleman había recurrido al listín telefónico para llamar a Rudolf Neuman, el cual, por lo que fuese, le había facilitado un número telefónico a Ringleman, el cual lo había anotado en el listín, allí mismo… Un pequeño acto sin importancia, mecánico, vulgar… La CIA se había ofrecido para localizar aquel número de teléfono, lo cual fue considerablemente fácil: el número de teléfono identificado a regañadientes por Waberly como escrito por el coronel Ringleman, pertenecía al Kaiser Hotel, en la Kaiser

Wilhelm Strasser. La pregunta era: ¿con quién había conversado por teléfono el coronel Ringleman? La respuesta parecía obvia: con alguien más autorizado que Savelich para resolver determinada cuestión, planteada por el coronel americano.

Hacia la una y cuarto de la mañana gris y lluviosa, cuando Lili Connors, sus dos Simones y Waberly estaban terminando de almorzar, sonó la pequeña radio que la rubia espía había dejado sobre una repisa.

Fue a atender inmediatamente la llamada.

—¿Sí?

—Soy Zakanov.

—Por supuesto. Solamente usted podría ponerse en contacto conmigo con esta onda, Emil. ¿Y bien?

—Se lo voy a decir bien claramente —sonó seca, la voz del agente soviético—: Moscú niega tajantemente cualquier participación rusa en cualquier percance que pueda acontecer en relación con las maniobras de la OTAN, y advierte a la CIA, muy seriamente, de que cualquier infundio contra Rusia en ese sentido, suceda lo que suceda, será debidamente reprendido por todos los medios. Nuestros expertos están ya estudiando qué porquería puede haber inventado la CIA, el Pentágono, la Casa Blanca, o quien sea, y quizá lleguen a vislumbrar en qué podrían consistir los maquiavélicos planes americanos. Ahora, una pequeña información para usted, aunque suponemos que no la necesita: lea usted el libro titulado «La Flota de Guerra Soviética», publicado por Ulrich Schultz-Torge, oficial naval de Alemania Federal, y se enterará de la gran potencialidad de las flotas soviéticas. Schultz-Torge se documentó muy bien. ¿Por qué no lo hace también usted, y así verá que Rusia dobla en poderío naval a los Estados Unidos, por un lado, y que en modo alguno puede inquietarse seriamente porque la OTAN esté moviendo unos cuantos barquitos, por el otro? Desde Moscú, les desean felices maniobras…, aunque siguen sin aprobarlas. ¿Lo ha comprendido todo?

—¡Fíiuuuu…! —Silbó Simón-Hamburgo, que estaba junto a Lili Connors oyendo a Zakanov—. ¡Cómo se ha disparado el ruso…!

—Todo comprendido, Emil —asintió plácidamente Lili, sonriendo a medias—. ¿Qué me dice del coronel Ringleman?

—Si usted lo encuentra, que le aproveche.

—¿Quiere decir que no lo tienen ustedes?

—Exacto. Y no sentimos el menor interés por él, ya que, afortunadamente, tenemos muy buenos servicios de información dentro de la OTAN.

—¡A eso le llamo yo cinismo! —exclamó Waberly, que también se había acercado.

—Comprendido también esto. Hablemos ahora de su camarada Pavel Savelich. ¿Tampoco les interesa?

—Nos gustaría atraparlo, para cortarle la cabeza, por traidor, pero su deserción no quita el sueño en Moscú. Es un pobre diablo, que no les compensará ni siquiera en el gasto de trasladarlo a Estados Unidos. Que les aproveche. De todos modos, si quieren vendérnoslo, podemos pagarle a usted cinco kopecs por él.

—Lo pensaré. Adiós, Emil.

—Adiós. Oiga, sólo por curiosidad personal: ¿cómo debo llamarla, si volvemos a vernos o a ponernos en contacto?

—Erika —sonrió Baby—, Erika Schenk.

Capítulo V

—Erika Schenk… Erika Schenk… No —el conserje del Kaiser Hotel movía negativamente la cabeza—. Lo siento, *fraulein* Schenk, pero no tiene ninguna reserva a su nombre.

—Pero esto no es posible… ¡Tiene que constar una reserva a mi nombre, o bien, como he dicho al principio, el coronel Ringleman debe estar alojado aquí!

El conserje miró con simpatía a la muchacha. Una preciosa muchacha rubia, de ojos verdes, esbelta, con una elegancia un tanto… vulgar, quizá demasiado llamativa. Llevaba un abrigo de pieles oscuro, pero bastaba ver aquellas hermosas formas de sus senos a ambos lados del amplio escote para comprender que su cuerpo tenía que ser una auténtica maravilla. Una maravilla que, en opinión del avezado conserje, podía estar al alcance de cualquiera por… ¿mil marcos, mil quinientos, quizá? De donde se desprendía que el tal coronel americano era todo un pájaro de cuenta.

—Créame que lo siento, *fraulein* Schenk, pero puede usted misma comprobar que ninguno de ustedes consta como alojado ni en las reservas. Debe haber un error.

—¡No por mi parte…! —comenzó a irritarse Erika Schenk.

—No he dicho eso… Pienso que quizá el coronel Ringleman no pudo venir, o… En fin, no sé.

—Si él no hubiese podido venir, habría reservado una habitación a mi nombre, para que le esperase. Lo sé muy bien.

—Bien… La solución, de todos modos, no es nada complicada, *fraulein* Schenk: por suerte, puedo ofrecerle una habitación, de modo que todo se reducirá a que usted se quede en el hotel, esperando alguna noticia del coronel Ringleman.

—Pero si él no está… Está bien. Haremos eso.

—Me complace poder servirla.

Erika le dirigió una hosca mirada, pero de pronto, sonrió.

—Gracias. Realmente, usted no tiene la culpa de nada. Y es muy amable. ¿Podría serlo un poquito más, por favor?

—Por supuesto que sí. ¿Qué más puedo hacer por usted?

—Yo me resisto a creer que él no esté por aquí. Por si hay algún incomprensible error en todo esto…, ¿tendría usted inconveniente en movilizar a un par de botones para que fuesen requiriendo la presencia del coronel Ringleman en el bar?

El conserje sonrió. ¿Qué era más práctico? ¿Seguir discutiendo con la bella pelirroja, o enviar a dos botones a darse una vuelta por el hotel, llamando al coronel Ringleman?

—Lo haré con mucho gusto. Tiene usted la habitación 23. ¿Subimos su equipaje?

—Sí, gracias… Estaré en el bar. No, no, el maletín me lo quedo. Hasta luego.

—Hasta luego, *fraulein* Schenk.

Seguida por las miradas de algunos hombres, Erika Schenk se dirigió al bar del Kaiser Hotel, se sentó a una mesita, sacó cigarrillos de aquel gracioso maletín rojo con florecillas azules, y se dispuso a esperar, al parecer.

Debían ser poco más de las seis de la tarde.

Casi a las siete y media, *fraulein* Schenk se cansó de esperar, evidentemente. Recogió sus cigarrillos, dejó un billete sobre la mesa para pagar su copita de oporto, y abandonó el bar…, naturalmente, seguida por las miradas de los hombres, con expresión ávida, y de las mujeres, con expresión contenidamente irritada.

—¿Ninguna noticia? —preguntó en conserjería.

—Lo siento, *fraulein* Schenk —negó el conserje—. ¿Desea su llave?

—Sí, por favor.

Provista de su llave, se dirigió hacia el ascensor. Poco después, abría la puerta de su habitación. Lo primero que vio fue su maleta, sobre el pequeño banco donde un botones la había depositado. Se acercó a la maleta y la examinó críticamente, sin tocarla. No, no había sido manipulada, desde luego. Es decir, no había sido abierta, ni se había intentado tal cosa.

«Decepcionante» —se dijo *fraulein* Schenk.

Sin embargo, una de las cualidades básicas en el espionaje es la paciencia, y, aunque, en términos generales, ella no tenía

demasiada, pues consideraba que era perder el tiempo la mayor parte de las veces, se dijo que esperaría. Por otro lado, no iba a ser malo en modo alguno cenar tranquilamente y luego descansar de verdad toda la noche, en un hotel tan confortable como el Kaiser.

Se desnudó, y procedió a elegir un vestido para bajar al comedor. Seleccionado ya, lo dejó sobre la cama, y se dedicó a poner las demás cosas en el armario. Tuvo tiempo de hacer esto, de arreglar con exceso de maquillaje su rostro, de ponerse el vestido elegido…

Fue entonces cuando sonó la llamada a la puerta.

La reacción de *fraulein* Schenk fue en verdad velocísima y sorprendente. Se quitó el vestido a toda prisa, hizo lo mismo con los sujetadores, y, sosteniendo éstos con una mano, corrió bien audiblemente hacia la puerta de la habitación, y la abrió, componiendo en su rostro una expresión jubilosa.

—¡Ya sabía yo que…! —empezó; y terminó—: ¡Oh! ¡OOoooh!

—¿*Fraulein* Schenk? —sonrió el hombre que estaba ante la puerta.

—Sí… Sí, sí… ¡Ooooh! —volvió a exclamar, alzando los sujetadores, en vano intento de ocultar con ellos de modo tan impropio los bellísimos senos.

—Me parece que he sido bastante inoportuno —casi rió el visitante—. Vengo de parte del coronel Ringleman, sin embargo.

—¿De parte de…? ¡Pase!

—¿Ya?

—Sí, sí, yo…, yo me pongo esto en seguida…

El hombre entró, cerró la puerta, y se quedó mirando a Erika, en sus esfuerzos por ponerse rapidísimamente los sujetadores. Los resultados eran lógicos: cuanto más de prisa quería ir, menos conseguía su propósito. El hombre soltó una contenida carcajada, y preguntó:

—¿Me permite que la ayude?

No esperó respuesta. Pasó detrás de ella, que quedó inmóvil, con las manos a la espalda, sujetando los extremos de cierre del sujetador. El hombre, en lugar de asir esos extremos para ayudarla, pasó las manos hacia delante, y abarcó con ellas, plenamente, los senos de la rubia *fraulein*, que se envaró. Estaba completamente rígida cuando el hombre la atrajo hacia él, de espaldas, sin dejar de

presionar los henchidos senos.

—Se me está ocurriendo —susurró— que el coronel Ringleman podría muy bien esperar… quince minutos más. ¿Qué le parece la idea que se me ha ocurrido?

—Quíteme las manos de encima —susurró Erika.

—Vamos, vamos… ¿Qué tiene Ringleman que no tenga yo? Él es más viejo, incluso. Y más bajo, más feo, más gordo… ¿Comprendes?

—Si no me quita las manos de los pechos…

—Calma, calma —el hombre la soltó, y procedió entonces a abrochar el sujetador—. Era una sugerencia, nada más.

Ella se volvió, ya con el sujetador bien puesto, aunque la cosa no había cambiado mucho, pues la prenda era pequeña, y su contenido, espléndido en verdad. Miró con irritación al visitante. Éste debía tener algo más de treinta años, era en verdad alto, bien formado, vestía bien. Su rostro resultaba atractivo, aunque había un cierto matiz disipado en su expresión. Por su parte, él miraba a Erika de arriba abajo, recreándose en las zonas no cubiertas por los pantaloncitos y los sujetadores.

—Me llamo Maxence —se presentó el hombre—. ¿Verdad que estás empezando a cambiar de opinión?

—Me llamo Erika —dijo ésta—. ¿Verdad que eres un guapo chico listo, que cree que todas las mujeres darían la vida por acostarse con él?

—Todas, no, claro —rió Maxence—. Pero no me van las cosas muy mal en ese sentido.

—¿Está usted seguro de que le envía Aaron, Maxence?

—Por supuesto.

—Me sorprende. Es un hombre… celoso y libidinoso, que no le gusta compartir sus diversiones con nadie. Precisamente por eso, debe haberme hecho venir a Hamburgo a reunirme con él. ¡Con lo bien que yo estaba en Stuttgart…!

—Ya —Maxence la contemplaba ahora con seriedad—. ¿Quieres decir que el coronel Ringleman te ha llamado?

—No, no. Él se vino aquí hace unos días, pero ya me dijo, antes de partir, que nos encontraríamos aquí.

—¿En este hotel?

—Claro. El viejo sátiro… Oh, bueno, no tengo por qué contarte nada a ti. ¿Dónde está el coronel?

—Si te vistes, te llevaré con él inmediatamente.

—¿Adónde? ¿Por qué no está aquí, tal como convinimos?

—Tuvo que ir a hacer unas gestiones, no muy lejos de aquí. Me dijo que estuviese atento en el hotel…, pero no me advirtió que iba a llegar una hembra como tú. De todos modos, supongo que era lo que él esperaba, así que nos iremos cuando quieras. Mejor dicho, nos iremos de aquí por separado.

—¿Por qué? No comprendo.

—¿No me has visto antes por el hotel?

—No… Bueno, no sé… ¿Estabas en el bar?

—No exactamente. Pero hace rato que te estaba mirando. Esperaba que subieses a tu habitación, para hacer contacto.

—¡Qué tontería…! ¿Por qué no me hablaste abajo?

—Porque no quería que nadie me viese hablando contigo, ni que alguien pudiese saber que habías encontrado a una persona que podía llevarte junto al coronel Ringleman. Por eso, yo saldré de aquí antes que tú, y dentro de unos minutos, te llamaré por teléfono. Diré que soy Ringleman, y te pediré que dejes el hotel y vengas a reunirte conmigo en determinada dirección. Entonces, pagas el hotel, sales a la calle, y te alejas…

—¿A pie?

—Sí.

—Pero… debería pedir un taxi…

—No. Simplemente, aléjate caminando.

—Pero… ¡Eso le parecerá muy extraño a cualquiera que me vea!

—Haz lo que te digo. Yo te recogeré en seguida, con un coche.

—Ah… ¿Aaron está bien?

—Claro. ¿Por qué preguntas eso?

—Me parece todo tan extraño…

—En mi opinión, el coronel Ringleman ha cometido un error al querer disfrutar de tu compañía en días como éstos, pero la cosa ya no tiene remedio, así que todo lo que podemos hacer es… darle la máxima discreción al asunto. ¿Me has entendido bien?

—Sí… Sí, claro.

Maxence asió con dos dedos de cada mano los finos tirantes de los sujetadores, y atrajo a Erika Schenk.

—¿De verdad no quieres aprovechar los mejores quince minutos de tu vida? —insistió.

—Si no estuviese tan cansada del viaje, y no fueses tan engreído, quizá lo habría hecho.

—No sabes lo que te pierdes, Erika.

—Bueno… Quizá lo gane en otra ocasión. La verdad es que estás despertando mi curiosidad. ¿Eres algo especial?

—Podrías saberlo muy pronto, si quisieras.

—Todos sois unos bocazas —rió por fin Erika—. Ya veremos en otro momento si es verdad que tienes algo más que palabras.

—Cuando me pruebes a mí, olvidarás al coronel Ringleman.

—No creo… A menos que tú también puedas comprarme abrigos de pieles, por ejemplo.

—Entiendo. Bien, encontraremos una solución. Te llamaré dentro de unos cinco minutos. Luego, esperas otros tantos, bajas, pagas la cuenta, y sales.

—¿Aaron no te ha dado dinero para mí?

Maxence frunció el ceño, pero acabó por sonreír comprensivamente, sacó unos billetes, y separó unos cuantos, que tendió a la rubia.

—Hasta luego.

Erika Schenk quedó sola. Se quedó mirando, con seca sonrisita, la cerrada puerta. Luego, procedió a vestirse, y comenzó a hacer el equipaje acto seguido. En esto estaba cuando sonó el teléfono de la habitación. Por supuesto, era Maxence, simulando ser Ringleman, hablando muy bien en alemán, aunque con cierto tono inglés. Un actor perfecto.

Todo fue como se había convenido. Erika hizo bajar su maleta, pagó la cuenta, dio las gracias al conserje y una vaga explicación que el hombre no necesitaba, pues sabía ya que el coronel Ringleman había llamado por teléfono a *fraulein* Schenk, y ésta, cargada con su maleta y el maletín, salió a la calle. No se había alejado más de cuarenta o cincuenta metros del hotel cuando el coche se detuvo junto al bordillo, y ella, que caminaba cerca de éste, metió la maleta en la parte de atrás del coche, se sentó, cerró la portezuela, y el vehículo prosiguió su marcha.

En el asiento delantero iba Maxence, sentado junto al hombre que conducía. En el asiento de atrás, iba Erika, a la derecha; la maleta, en el centro; al otro lado, un hombre que la contemplaba con curiosidad… Aunque seguramente con menos curiosidad que

ella a él.

—Volvemos a vernos, *fraulein* Schenk —dijo el hombre.

Erika entornó los ojos. Y acto seguido, musitó:

—Sí… Yo le conozco de algo, pero…

—¡Qué mala memoria! Nos hemos estado viendo durante un buen rato en el bar del hotel.

—Ah… ¡Ah, sí, ahora lo recuerdo! Sí, usted estaba en una mesa de… Pero… no comprendo… ¿Por qué no me habló usted para decirme que…? Oigan, esto no me gusta nada…

—Tranquilícese —el hombre se las arregló para colocar la maleta en su lugar, y quedar él en el centro—. Me dice Maxence que es usted una chica preciosa, *fraulein* Schenk.

Erika iba mirando, cada vez más inquieta, de uno a otro hombre; cada vez más inquieta, y más desconfiada. El hombre que tenía al lado sonrió, y se volvió ostensiblemente para mirar por el cristal zaguero. Luego, siempre sonriente, volvió a mirar a Erika, que a su vez le contemplaba con atención. Maxence era apuesto, aunque un tanto… repelente, pero este otro no tenía nada de repelente. Resultaba un hombre de aspecto encantador, juvenil, deportivo. Era más elegante que Maxence, y en seguida se notaba que sus modales también eran mejores.

—Sí —pareció querer convencerse a sí mismo el hombre—, decididamente, ese pícaro de coronel Ringleman tiene muy buen gusto. Aunque no me parece que sea muy correcto esto de tener una putita particular, y llevársela de un lado a otro. Hay que ser más discreto. ¿Te molesta que te llame putita?

Erika vaciló, y acabó por sonreír.

—Bueno, supongo que es lo que soy a fin de cuentas —admitió.

—Estupendo —el hombre sacó un billete, y lo mostró—. ¿Qué puedes ofrecerme por diez marcos?

—¿A qué viene esto? —protestó Erika—. ¡No tienen por qué ensañarse conmigo, sólo porque sea la amiguita del coronel Ringleman!

La bofetada fue violentísima, fortísima. Erika fue lanzada contra la portezuela, donde su cabeza resonó, atronando el interior del coche. Cuando se recuperó, sacudiendo las lágrimas que llenaban sus ojos, el hombre seguía mostrando el billete, impávido, sin que su sonrisa se hubiese alterado.

—¿Podría ver una pierna? —pidió—. Enseñar una pierna por diez marcos es un buen negocio. ¿O no?

—Sí —jadeó Erika—. Sí, sí, sí…

—Pues veamos esa pierna.

La rubia Erika se pasó la lengua por los labios. Luego, tras colocarse adecuadamente en el asiento, se subió la falda, mostrando, no una pierna, sino las dos; e incluso el vientre. El hombre estuvo mirando unos segundos, con gesto aprobativo. Alargó el billete, y cuando, al retirarlo Erika, su mano quedó libre, la bajó, golpeando con el canto, como si fuese un hacha, por encima de la mórbida rodilla femenina. Erika lanzó un grito, soltó el billete, y se llevó las dos manos al lugar golpeado, gimiendo… Un instante más tarde, contemplaba con expresión desorbitada otro billete que el sujeto ponía ante sus ojos, sonriendo siempre.

—Veinte marcos por un pecho —ofreció.

—No —jadeó Erika, cruzando los brazos ante el pecho—. ¡No, no, no!

—Vamos, no seas tímida —rió Maxence, que estaba vuelto hacia ellos—. ¡Le he dicho a Konrad que tienes unos pechos divinos, y es natural que quiera verlos!

—Se…, se lo diré… ¡Se lo diré a Aaron, al coronel Ringleman…! ¡Os aseguro que se lo diré!

—Ya lo creo que se lo dirás. Y le dirás otras muchas cosas —dijo Konrad—. Por ejemplo, le dirás quién eres, a ver si consigue acordarse de ti.

—¿Cómo que si se ac…?

¡Plaf!, chascó la siguiente bofetada. Y de nuevo fue lanzada Erika contra el cristal de la ventanilla. Otra vez vio el billete ante sus ojos cuando consiguió limpiarlos de las lágrimas de dolor.

—Veinte marcos por un pecho —insistió él.

—No… ¡No! ¡Sé que me harás daño, lo sé…!

—Qué no, mujer —intervino de nuevo Maxence—. Aquí, donde nos ves, Konrad, Siegfried y yo somos muy finos y delicados. ¿Verdad que sí, Siegfried?

—¡Huuuuyyyy! —Sacudió una mano el conductor.

—Lo que pasa —rió Maxence— es que nos gustan las tías buenas como tú. Venga, mujer, no seas así: saca las ubres, que las vea Konrad. No te hará daño: sólo te las besará. ¿A que sí, Konrad?

—¡No tenéis derecho a hacer esto conmigo! —sollozó Erika Schenk—. ¡No tenéis derecho!

—Quizá tengas razón —admitió sosegadamente Konrad—. Pero, dinos, Erika: ¿qué pretendías tú hacer con nosotros?

—¿Yo? Pe… pero ¿qué podría… hacer yo…?

—Te la estás ganando buena —dijo Siegfried, al volante—. Konrad tiene bastante paciencia, pero me parece que se la estás terminando. ¿Verdad, Konrad?

—Más bien sí —asintió éste.

—Está…, está bien —tartamudeó Erika—: te…, te enseñaré los…, los…

—Estamos llegando —dijo Siegfried.

Konrad frunció el ceño, hizo luego un gesto de resignación, y se guardó el dinero. Una vez más, miró por el cristal zaguero, y movió la cabeza.

—Vamos a dejar el *strip-tease* para dentro de unos minutos. Podremos disfrutarlo más confortablemente en la lancha. Eres una chica valiente. Erika. Extraordinaria.

—¿Por qué… dices eso? —tartamudeó Erika.

—Porque has tenido las narices de presentarte sola en el Kaiser para conseguir una pista del coronel Ringleman. Y vamos a dejar ya el cuento de que eres su putita particular, ¿de acuerdo? No vamos a tragarnos eso ni con aceite, y te diré por qué: el coronel Ringleman no tenía que acudir al Kaiser en ningún momento y bajo ningún pretexto. Y, ¡maldita sea tu estampa!, todavía iba a cometer la estupidez de hacer venir a una chica desde Stuttgart para que le calentase la cama…

—Y las orejas —dijo Maxence.

—Sí, sí las orejas —rió Siegfried.

El coche se detuvo.

Capítulo VI

Cuando Erika se apeó del coche, se encontró muy cerca de uno de los canales, no supo cuál, de momento. Pero lo supo muy pronto, cuando vio frente a ella las instalaciones portuarias como flotando en las aguas. Las del Elbe. Es decir, que estaba en el río, y aquella parte del canal debía ser el Binnenhafen, seguramente. Las estrellas brillaban todavía con una palidez de resto de día. Embarcaciones pequeñas navegaban por los distintos tramos del canal…

—Camina —la empujaron por detrás.

Volvió la cabeza. Konrad llevaba su maletín, y Maxence la maleta. Siegfried terminaba de cerrar el coche, y se unió a ellos. Por supuesto, comprendió que debía caminar hacia el borde del canal, y así lo hizo.

Segundos después, los cuatro pasaban a una hermosa lancha blanca, allí amarrada. Konrad abrió la puerta de acceso al interior de la embarcación, y desapareció dentro. En seguida, se encendió una luz. Acto seguido les llegó el silbido de Konrad, y Erika fue empujada de nuevo, con una mano en la parte final de la espalda.

Entraron en la lancha. Era pequeña, pero alegre y confortable, muy agradable. Había una diminuta salita, separada de lo que podía definirse como dormitorio por un estrechamiento del pasillo, en el que había una cocinita y un cuarto que debía ser los servicios higiénicos. Al fondo, se veían dos literas corridas a lo largo del casco, que se estrechaba hacia proa.

—Siéntate —señaló Konrad un coquetón diván.

Erika obedeció, en silencio. A una seña de Konrad, Siegfried volvió a cubierta, y Maxence colocó la maleta junto a Erika, y la abrió, iniciando en el acto un registro elegante y eficaz. Sólo que no parecía haber nada especialmente interesante en la maleta. Se miraron los dos, y Konrad abrió entonces el maletín. Inmediatamente, en sus ojos apareció el destello de la curiosidad.

Lo primero que vio fue la pistolita de cachas de madreperla, que mostró a Erika.

—¿Y esto?

—Es…, es una pistola…

—¡No me digas! —La miró socarronamente Maxence—. ¡Eres una chica lista, Erika! Y hablando de pistolas: yo tengo una muy especial que…

—Deja eso ahora, Maxence —dijo Konrad, secamente—. Vamos a hablar en serio con Erika. Ella sabe muy bien que esto es una pistola, sabe muy bien que vamos a encontrar otras cosas interesantes en este maletín, y sabe muy bien que el juego ha terminado… ¿No es así, Erika?

—Está bien —suspiró ella.

—Eso me gusta más. Empezaremos —Konrad se volvió vivamente hacia la entrada, apuntando allí la pistolita de Erika, pero se tranquilizó en seguida al ver a Siegfried—. ¿Qué?

—Yo juraría que nadie nos ha seguido. De todos modos, quizá sería mejor que zarpásemos. Me sentiré mucho más seguro en el pesquero, Konrad.

Éste miró su reloj, y movió negativamente la cabeza.

—Vamos a esperar esas instrucciones que, según parece, serán las definitivas. Sea como sea, ella ha de venir. Mientras tanto, charlaremos con Erika… o como se llame. ¿Cuál es tu nombre verdadero?

—Lili Connors.

—Americana, claro.

—Sí.

Konrad ladeó la cabeza y entornó los ojos.

—¿De la CIA?

—Sí.

—Vaya… ¡Cómo se ha complicado todo!, ¿verdad? Según tengo entendido, en principio solamente intervenía ese cabrón de Waberly, de la OTAN. ¿Por qué la CIA también?

—Porque murió unos de los nuestros.

—Sí, hombre… —dijo Siegfried—. Krista nos explicó todo el barullo. El ruso se cargó al americano, y luego Wabberly se cargó al ruso, y el coronel Ringleman tuvo que escapar por pies.

Konrad asintió, estuvo unos segundos pensativo y volvió a

encararse a Erika.

—Y ahora, cuando parecía que habíamos cortado el rastro, apareces tú en el Kaiser, donde nosotros estábamos instalados tan ricamente cumpliendo nuestro cometido de punto central de contactos. ¿Cómo supiste lo del hotel?

—Encontramos apuntado el número de teléfono del Kaiser en la página donde están impresos los abonados telefónicos del 31 de la Katherinenstrasse. Pensamos que el coronel había llamado a Pavel Savelich a su apartamento, y que el ruso le dio el número de teléfono del hotel, seguramente porque Ringleman preguntó algo, o quería pedir algo que Savelich no podía atender. Estoy diciendo la verdad.

—Desde luego que sí —meditó Konrad—, porque, en efecto, el coronel Ringleman me llamó al hotel para… Bien, me llamó, y es como se os ocurrió la idea del Kaiser… Sois listos, lo admito. ¿Y por qué has venido tú sola al hotel?

—No he venido sola. Nos han seguido, y debo advertiros… ¿No me creéis?

—¿Sabes lo que creemos? —sonrió Konrad—. Que eres una de esas chicas listas que tienen grandes ambiciones personales. Sabemos que nadie nos ha seguido, de modo que la cosa está clara: tú fuiste quien descubrió lo del número telefónico del Kaiser Hotel, y, en lugar de acudir a tus compañeros con la información, pensaste que podías cubrirte de gloria haciendo las cosas tú sólita. ¿A que sí?

—No. Hay varios compañeros que nos han seguido. Yo sólo he dado la cara. Y os advierto…

—Déjate de tonterías. Nos hemos asegurado bien de que no nos han seguido, y ahora aún estamos más seguros: si algunos de tus amigos nos hubiesen seguido, ya estaríamos liados a tiros, porque no se habrían resignado a que te llevásemos con la lancha sin que pudieran seguirnos. Ya habrían atacado.

—¿Por qué habrían de hacerlo, si la lancha aún no ha zarpado?

—¿Y cómo podían saber ellos que no íbamos a zarpar en seguida? No, no, no… Si hubiese venido alguien detrás nuestro, ya estaría el asunto complicadísimo. De modo que, listísima Lili, te has metido en un lío… y has privado a tus compañeros de la oportunidad de poder seguir adelante con este asunto. ¿No es así?

Erika Schenk se mordió los labios, y bajó la mirada. Maxence

cambió una mirada de triunfo con Konrad, y dijo:

—¿Por qué no nos dedicamos ahora al *strip-tease*, Konrad? Te aseguro que vale la pena.

—Realmente, nuestra rubia Lili ya no nos sirve de nada. Aclaradas las cosas, ya sabemos que no debemos preocuparnos, así que podríamos pasar a la diversión. Me gusta tu…

—Esperad —jadeó Lili-Erika, alzando la cabeza—. Esperad un poco, tengo…, tengo algo que proponeros…

Los tres hombres se quedaron mirándola, con expresión que quería ser divertida, pero intrigados, interesados, en el fondo.

—De acuerdo, adelante —invitó Konrad—. ¿Cuál es tu proposición?

—Tengo…, tengo mucho dinero… Mucho más del que podáis imaginar. Y creo… que sería un buen negocio para mí cambiar… ese dinero por mi vida.

—¿Cuánto es para ti mucho dinero? —preguntó Siegfried.

—Podría daros un millón de dólares a cada uno.

Los tres hombres respingaron a la vez, realmente impresionados por la cantidad mencionada.

—¿Estás hablando en serio? —murmuró Konrad.

—Sí. Y puedo garantizaros, del modo que queráis, el cobro de esa cantidad.

Hubo un cambio de miradas entre los tres hombres. Erika Schenk captó perfectamente la vacilación, y machacó:

—En realidad, puedo reunir cinco millones de dólares para los tres. Sólo tenéis que decirme quién está dirigiendo todo esto, y dejarme en libertad. No tendríais que temer nada de la persona o personas a las que delataseis, ya que la CIA se encargaría de ellas. Y vosotros tendríais cinco millones de dólares. Y nada que temer nunca de nadie.

—Hablas tanto que has dicho lo suficiente —murmuró Konrad —; la respuesta es NO.

—No seáis absurdos —insistió Erika—. ¿Acaso os están pagando más dinero del que yo os ofrezco?

—Ni muchísimo menos —negó Konrad—. Pero las cosas no son tan fáciles como tú las has expuesto. Si hacemos eso, no llegaríamos a tiempo de gastar mucho de ese dinero, lo sé.

—Eso es una tontería. Yo os aseguro que la CIA terminaría con

ese grupo. Y muy pronto.

—La respuesta sigue siendo NO, Erika.

—Entiendo.

—¿Entiendes? ¿Qué es lo que entiendes?

—Son los rusos, ¿verdad? Por eso no os atrevéis a traicionarlos. Si fuese un grupo cualquiera, más o menos poderoso, seguramente aceptaríais mi oferta. Pero no os atrevéis a traicionar a los rusos, nada menos, porque sabéis que tienen tanto poder como los americanos, y tarde o temprano os encontrarían… ¿No es así?

—Hablas demasiado —murmuró Konrad.

—De modo que son los rusos… Está bien. Pero incluso de los rusos podemos protegeros. Olvidad eso de, los cinco millones de dólares. Diez. Ahora os ofrezco diez.

—No. Y ya has hablado demasiado, así que…

—Dile que te enseñe las ubres —rió nerviosamente Maxence.

—Sí, será lo mejor —asintió Konrad—. Tómatelo con filosofía, Erika, o Lili; muchos espías mueren bajo tortura y, en cambio, tú vas a morir bajo caricias. Haced con ella lo que queráis…, pero si grita matadla; nada de complicar más las cosas. ¿De acuerdo?

—Será mejor que la amordacemos —dijo Maxence—. Sujétala bien, Siegfried.

Maxence sacó un pañuelo, que comenzó a estirar por dos esquinas opuestas, mientras Siegfried se acercaba a Erika, que abrió la boca… y se quedó así, contemplando la pistola que había aparecido en la diestra de Konrad.

—No tengo ningún inconveniente en matarte —dijo Konrad—, pero tanto oír hablar de tus ubres, hasta yo tengo curiosidad por verlas. Adelante, Siegfried.

Éste asió a Erika, la colocó en el centro del pequeño saloncito, y pasó tras ella, sujetándola fuertemente con los dos brazos, que apretaron los de ella contra el cuerpo. Maxence se acercó, puso el pañuelo bien tirante en la boca de Erika, y lo anudó en la nuca… Acto seguido, sonrió y, tras una seña a Siegfried, entre los dos le quitaron el abrigo. Luego, bajaron la parte superior del vestido y, sin más, Maxence desabrochó el cierre que ya conocía, retirando los sujetadores y mostrándolos en alto, sonriendo.

—¿Alguna vez has visto pech…?

La mirada de Konrad; que se había fijado admirativamente en

los senos de Erika Schenk, saltó rápidamente hacia el suelo, donde algo había caído. Algo de reducido tamaño, oscuro, que resonó metálicamente al caer desde los sujetadores.

Konrad tuvo el tiempo justo de comprender lo que era: una pequeña radio. En ese mismo instante, y cuando palidecía de rabia, Konrad recibía entre las ingles el tremendo puntapié aplicado por Erika, que alcanzó de lleno su objetivo. Konrad lanzó un alarido animal, y cayó de bruces como aplastado por una carga caída súbitamente sobre su espalda.

Erika se inclinó velozmente a recoger la pistola de Konrad, pero Maxence reaccionó entonces, lanzando una maldición e impulsando su rodilla hacia Erika. Ésta intuyó el golpe cuando sus dedos ya casi tocaban la pistola, y su reacción, en principio carente de lógica, fue la adecuada: se desentendió de la pistola para alzar los brazos y protegerse el rostro, de modo que la rodilla de Maxence golpeó en ambos antebrazos, impulsando fuertemente a Erika hacia el diván, todavía en perfectas condiciones para la lucha. En cambio, si hubiese continuado con su intención de agarrar la pistola, habría recibido el golpe en pleno rostro, y posiblemente las consecuencias habrían sido peores, ya que habría tenido que soltar la pistola y quizá hubiese quedado sin sentido.

De este modo, quedó desarmada de nuevo, pero en perfectas condiciones físicas…

Tan perfectas, que su acción contra el ataque de Siegfried no tuvo el menor signo de debilidad… Ni de compasión. Con el antebrazo izquierdo, pese al dolor que sentía en él, desvió la mano que Siegfried dirigía a su garganta y, dejando que la derecha del alemán se posase sobre sus desnudos senos, Erika disparó su puño derecho hacia la garganta del hombre.

Se oyó un ¡clock! apagado, amortiguado, y Siegfried emitió un fuerte ronquido, sus ojos giraron, su rostro se demudó… y cayó muerto sobre la espía más peligrosa del mundo…, que acto seguido notó los estremecimientos de aquel cuerpo, ya muerto, mientras oía los chasquidos de una pistola: plop, plop, plop…

Por un lado del desencajado rostro de Siegfried vio a Maxence, que estaba disparando contra ella, demudado también el rostro, salientes los ojos… En cuanto ella asomó un lado de su cabeza por un costado de la de Siegfried, Maxence movió la pistola hacia allí…

Plop, chascó otra pistola, en la entrada al saloncito.

La parte superior delantera izquierda de la cabeza de Maxence desapareció en una tremenda salpicadura de sangre, y la bala, allá donde había causado el destrozo, imprimió a la cabeza un fuerte movimiento de giro, que llevó a Maxence como una peonza hasta chocar con el tabique y caer de espaldas, lanzando otro brochazo de sangre.

Erika se quitó de encima a Siegfried, miró a Número Uno, y entonces captó el movimiento en el suelo. Bajó la mirada, y vio a Konrad, lívido el rostro, tendiendo el brazo hacia donde había quedado su pistola…

—¡Uno…! —gritó.

Plop, disparó el espía.

La mano de Konrad reventó en una escalofriante salpicadura de sangre y huesos, y el alemán, lanzando un horrendo aullido, se abalanzó igualmente hacia el arma, tendiendo la otra mano, derribando la mesita con un golpe de hombro. Llegó a empuñar la pistola, la alzó, y apuntó a Erika Schenk, riendo odiosamente, convencido de que nadie iba a impedirle disparar contra aquella mujer a tiempo de salvarla. Por rápido que fuese el inesperado visitante, no podría salvar el obstáculo de la mesita que protegía a Konrad y disparar antes de que éste lo hubiese hecho contra Erika…

Plop, disparó de nuevo Número Uno.

La última sensación de Konrad fue el pasmo. No llegó a saber por dónde le había llegado aquella bala, pese a lo sencillo de la solución: en su cabeza no sólo se incrustó la bala disparada por Número Uno, sino también las astillas que aquella bala arrancó al perforar limpiamente la mesa justo a la altura del centro de la cabeza de Konrad.

Un súbito silencio se hizo en la lancha, que se mecía con una cierta violencia. Erika se relajó, y se quedó sentada en el diván, cerrando los ojos. Los abrió cuando oyó la voz de Número Uno junto a ella:

—Los tres están muertos.

Baby movió la cabeza con gesto de disgusto.

—Mala suerte. Para ellos y también para nosotros, que no podremos hacerles preguntas.

Uno le tendió la pequeña radio, que había recogido del suelo, y

señaló sus senos.

—Ponte bien el vestido.

—¿Lo oíste todo bien, mi amor?

—Sí. Eran unos cretinos.

—Si lo dices porque no se dieron cuenta de que tú los seguías, te diré que estás siendo demasiado exigente con ellos. Eran unos desdichados, y tú eres Número Uno.

Éste estuvo mirando el pecho de Erika hasta que ella terminó de colocarse bien el vestido. Entonces, la miró a los ojos y murmuró:

—¿Estás bien?

—Sí, sí… Sólo han sido unos cuantos golpes. No tiene la menor importancia. ¿Qué opinas de todo esto?

—A juzgar por lo que he ido oyendo por tu radio, parece que tenemos que hacernos a la idea de que todo este tinglado lo han montado los rusos. Por cierto, será mejor que cierres ya la radio, o se agotarán las pilas.

Brigitte asintió, cerró la radio y la puso dentro de su maletín, lo mismo que la pistolita de cachas de madreperla.

—¿Realmente crees que son los rusos? —musitó.

—No creo nada. Solamente me atengo a lo que he oído casi tan bien como tú. Y si he oído bien, estaban esperando a alguien, ¿no es así?

—Alguien llamado Krista. Y hablaron también de recibir las instrucciones, que esperaban fuesen definitivas. Y de un pesquero.

—En mi opinión, deberíamos esperar a Krista en un plan… conservador. Si vamos matando a toda esta gente, llegaremos finalmente al callejón sin salida por muy Baby y Número Uno que seamos. De modo que quizá convendría intentar atender a Krista en la mejor armonía posible. Si el engaño prospera, bien. Si no prospera, recurriremos a los malos modos. Yo podría encargarme de eso.

—Ah. ¿Y qué hago yo?

—Podrías ir a reunirte con Simón, Waberly y los demás. O bien llamarlos y esperarme todos por ahí fuera.

—Lo de avisar a Simón, a Waberly y a los demás, no me parece mal, pues si conseguimos la información adecuada quizá tengamos que atacar un pesquero; pero, mi amor, no pienso dejarte solo.

—Todo esto es una tontería.

—¿Lo de dejarte solo? —Frunció el ceño Erika.

—Lo de este… sabotaje. Es todo una estupidez de las más increíbles. Te diré aún más: después del resultado conseguido con el asunto de las balas en el solar donde mataron a Savelich, creo que no deberíamos perder más tiempo, y cortar por lo sano.

—Eso no es propio de un espía de tu categoría, mi amor.

—Lo que no es propio de mi inteligencia es tenerte por aquí, corriendo riesgos innecesarios pudiendo tenerte en Villa Tartaruga desnuda al sol y dándome besos.

—Entonces…, ¡eres tonto! —exclamó Erika.

—Por supuesto que sí —gruñó Número Uno—. Bien…, ¿qué es lo que hacemos? Hay que decidirse, sea por lo que sea, ya que Krista puede llegar en cualquier momento, según parece…

Capítulo VII

Krista se apeó del taxi antes de llegar al embarcadero, y terminó el recorrido a pie. Poca distancia. Mientras se acercaba, vio ya la lancha, destacando muy blanca. Además, tenía las luces encendidas dentro…

Llegó en pocos segundos, pasó a bordo y llamó, dirigiéndose sin vacilar a la entrada:

—Konrad.

Entró. Y se detuvo en seco. Se quedó mirando, sobresaltada, al hombre que estaba sentado en el diván, con un cigarrillo en los labios y una revista en las manos. El hombre dejó inmediatamente la revista, y se puso en pie, retirando el cigarrillo de sus labios y sonriendo amistosamente.

—¿Eres Krista? —preguntó.

La bella muchacha de ojos oscuros y largos cabellos lacios de un rubio clarísimo, asintió con la cabeza, mientras quedaba patente su asombro ante el desconocido. No poco impresionada, contemplaba al hombre de más de metro ochenta, cabellos color cobre y ojos negrísimos, que resultaba sencillamente impresionante. Él acudía a su encuentro, tendiendo la diestra.

—Soy Klaus —se presentó—. ¿Qué tal?

—Bien —ella notó aquella poderosa mano en la suya, y consiguió sonreír a medias—. ¿Klaus?

—Sí —parpadeó él, desconcertado—. ¿Konrad no te habló de mí?

—No… No.

—Ese estúpido… Soy primo suyo. He estado fuera de Hamburgo una temporada, haciendo unos pequeños trabajos en… Bueno, he estado por ahí. ¿Quieres tomar algo?

—¿Dónde está Konrad?

—Se fue con Maxence y Siegfried. Me dijeron que algo había

ocurrido en el pesquero, y que alguien del barco tenía que acudir al Kaiser para hablar con ellos. Así que me dejaron aquí y se fueron para el hotel.

—¿Qué ha ocurrido en el pesquero?

—Ni idea. Yo había venido aquí con Konrad, y me parece que precisamente pensaban ir al pesquero después de hablar contigo. Pero llegó el botones del hotel con el mensaje, y se fueron para allá.

—¿Un botones del Kaiser trajo un mensaje para Konrad aquí, a la lancha?

—Eso he dicho.

—¿Y por qué no vino personalmente el hombre que quería ver a Konrad? ¿Por qué en el hotel, pudiendo verse aquí?

—Hijita, si tú no lo sabes, imagínate yo, que prácticamente acabo de llegar a Hamburgo. Pero una cosa voy a decirte: creo que el hombre, que hizo ir a Konrad al hotel está en apuros. No me sorprendería nada que hubiese ido allí herido, y que se hubiese colado en la habitación de Konrad… Pero no me hagas demasiado caso: en ocasiones me paso de listo.

—Eso nos ocurre a todos —comenzó a sonreír Krista—. ¿No hay nadie más contigo?

—Estás tú —sonrió Klaus—. Y por cierto que vale la pena. ¿Tienes algo que ver con Konrad? Bueno, ya sabes a qué me refiero —guiñó un ojo Klaus.

—¿Vas siempre tan directo al asunto?

—Bueno… No voy a contarte mi vida, pero te diré que he llegado de un lugar donde me he pasado casi tres semanas sin oler una sola hembra que valiese la pena. Todo el día con la maldita metralleta en las manos, enseñando a aquellos cretinos…

Krista creyó comprender.

—¿Eres un mercenario instructor? —murmuró.

Klaus se quedó contemplándola unos segundos con el ceño fruncido.

—No me gusta la palabra mercenario —masculló, por fin—. Pero qué le vamos a hacer, hay que aceptar las definiciones que los demás hacen de la gente que se dedica a mi trabajo… ¿Quieres un trago o no? He tenido tiempo de fisgar por aquí, y he encontrado bebidas.

—¿Y por qué no estás bebiendo?

—Porque no me gusta hacerlo solo. Lo encuentro aburrido. El licor, como las buenas comidas, hay que gozarlas en compañía… Se entiende que en agradable compañía.

—Tomaré lo mismo que tú —sonrió Krista.

Se sentó en el diván. Klaus abrió un armarito, sacó una botella y dos vasos, y sirvió en ambos; luego, con uno en cada mano, fue a sentarse junto a Krista, y miró sus rodillas mientras le tendía el vaso.

—¿Te gustaría ser mi novia? —ofreció.

—¿Para qué? —rió Krista.

—Bueno, ése es siempre el principio para gozar de la vida… A tu salud.

Krista alzó también su vaso, y bebió un sorbo, Klaus volvió a mirar sus rodillas, captó la irónica mirada de ella y sonrió.

—De todos modos, no acostumbro a buscar complicaciones familiares —dijo—; si Konrad es tu jinete, yo me buscaré otra cabalgadura.

—Tienes un modo muy… peculiar de hablar —murmuró ella.

—¿Eh…? Oh, bien, perdona. Es que el lugar de donde vengo no es precisamente la Corte Real. Por cierto, ¿de dónde vienes tú?

—Me envía Norbert.

—Aaah… ¿Y quién es Norbert?

—¿Konrad no te lo ha dicho?

—Si me lo hubiese dicho, no te lo habría preguntado. ¿Dices que te envía Norbert? ¿Para qué?

—Traigo instrucciones para Konrad.

—Ya. ¿De qué se trata? Quizá yo podría hacerme cargo de ellas.

—Prefiero esperar a Konrad.

—De acuerdo —Klaus miró su reloj—. Pero quizá te sea difícil ver a Konrad esta noche. Me dijo que si al cabo de una hora no había regresado, debía marcharme con la lancha de aquí, y pasar a recogerlo en otro sitio. Y si después de esperar allá otra hora, no había aparecido, que rezase algo por él.

—¿Eso dijo?

—Casi palabra por palabra. Y todavía más: me entregó un sobre.

—¿Para mí?

—No exactamente. Me dijo que te esperase, que hiciésemos todo eso, y que, si no nos veíamos, te pidiera que me llevases a entregar

el sobre a la persona que tú sabes… Supongo, ahora, que se refería a ese Norbert.

—¿Dónde está el sobre?

Klaus lo sacó de un bolsillo interior, lo mostró en alto, y lo volvió a guardar…, sonriendo ante el inútil gesto de Krista de intentar asirlo.

—A… ah —negó—. No es para ti, dulce Krista.

—Yo se lo llevaré a Norbert.

—No lo has entendido —movió la cabeza, Klaus—. Konrad me ha dicho claramente «que me llevases a entregarlo a la persona que tú sabes», no que te lo entregase a ti. No lo tomes a mal.

—Claro que no —sonrió Krista—. Aunque me parece una tontería.

—Quizá lo sea, pero no para mí. Entiendo que en la carta Konrad le habla de mí a esa persona, supongo que elogiando mi… capacidad personal para muchas cosas. En la clase de vida que llevo, no siempre hay trabajo bien pagado, y hay que aprovechar los buenos tiempos para hacer fondos.

—¿Cuánto hace que Klaus se fue?

—Pongamos… quince minutos.

Krista asintió, y comenzó a quitarse el abrigo. Klaus se apresuró a ayudarla y, al parecer sin intención, una de sus manos rozó los senos de la muchacha, que lo miró vivamente. Él la miró, sonrió y contempló luego con descaro las bellas formas femeninas.

—Iba a decir que lo siento, pero no sería cierto. Tienes unos pechos preciosos… y, de todos modos, no hay para tanto. Quiero decir que quizá no te haya molestado, realmente.

Krista volvió a sonreír, tomó una mano de él y la puso sobre su seno izquierdo. Klaus también sonrió, deslizó la mano, alzó el jersey de ella y volvió a deslizar la mano, no ya sobre lana, sino sobre pura seda, fresca y tirante…

—Espero que Konrad tarde por lo menos media hora más —susurró.

Krista adelantó los labios y cerró los ojos. Klaus acercó su boca de cepo a los bonitos labios rojos, y comenzó a besarlos, mientras las manos seguían por su cuenta por derroteros cada vez más íntimos. No tardó en oírse el suave chasquido de un cierre, y de un tirón los sujetadores fueron retirados.

—No seas… salvaje… —jadeó Krista.

Klaus la besó en el cuello, y luego más abajo. Krista comenzó a gemir y su rostro fue adquiriendo más color, su respiración se fue agitando, haciéndose densa, pesada.

—No, no, no —jadeó hipócritamente—. No, Klaus…

—¿Por qué no?

—No debemos… perder tiempo en estas cosas ahora… Quizá Konrad esté en apuros, o esté… sucediendo algo… que Norbert deba saber cuanto antes…

—Tenemos tiempo.

—No… Por favor, déjame primero leer la carta y luego…, luego, cuando esté tranquila, te daré… lo que me pidas…

Klaus dejó de besarla y se irguió; se quedó mirándola con tan dura expresión que Krista se estremeció.

—¿De modo que ésas tenemos? —susurró Klaus—. ¿Realmente has creído que estás tratando con estúpidos?

—¿Qué…, qué…?

La mano derecha de Klaus agarró de pronto, rudamente, los suaves cabellos de Krista, y la izquierda se cerró como una garra en el seno derecho de la muchacha, que intentó separarse… Lanzó un grito cuando la mano izquierda de Klaus apretó, y quedó inmóvil, lívida, desorbitados los ojos.

—Escucha bien, nena; en primer lugar te diré que Konrad y los otros han sufrido un percance, y que yo estaba aquí esperando a Krista, en efecto, para decírselo y que me llevase con el jefe, a ver si encuentra solución y me admite en el grupo para el sabotaje… ¿Te vas enterando? ¿Y qué sucede? Pues que llegas tú, tan mimosita, y sin más admites la entrada al terreno sexual… ¿Porque soy irresistible? ¡Claro que no! Yo te diré por qué: tú formas parte de los enemigos de Konrad, os habéis enterado de todo, por eso habéis podido poner en apuros a mi primo… y luego, en lugar de llegar la auténtica Krista, te envían a ti, que el demonio debe saber quién eres. O sea que habéis cazado también a Krista, y has venido tú a ver a quién más pescabais en la lancha de la que ella os ha hablado… Y no lo habrá hecho de buen grado, ¿verdad? ¿Verdad que no, puerquita?

—Te…, te equivocas —jadeó la muchacha—. ¡Soy Krista! ¡Te lo juro, soy Krista!

—Claro. Y yo soy un casto palomo. ¡Te voy a…!

—¡Soy Krista, puedo demostrártelo! ¡Me haces daño en el pecho…!

La mano izquierda de Klaus dejó de apretar. Sus negros ojos parecieron perforar los de la muchacha.

—¿Puedes demostrarlo? Mira qué bien… ¡Pues hazlo!

—Tengo…, tengo mi documentación… en el bolso…

Klaus vaciló, acabó por empujar a la muchacha y tomó el bolso de ella, que estaba sobre la mesita baja. Dirigiendo frecuentes miradas torvas a la muchacha, él abrió el bolso, y comenzó a sacar cosas…, empezando por la pistola, que se guardó sin inmutarse. Luego, entre otras cosas, acabó por encontrar la tarjeta. La miró, miró a Krista, de nuevo la tarjeta, otra vez a la muchacha…

—Parece auténtica —murmuró.

—Es…, es auténtica… ¡Si yo fuese otra persona no habría podido conseguir esa documentación tan rápidamente como…, como tú dices que están ocurriendo las cosas!

—Puede que tengas razón… Pero lo sabremos con seguridad muy pronto, porque, si eres Krista, podrás llevarme hasta el jefe, ¿no es cierto?

—Sí… ¡Sí!

—O sea, ante Norbert, ¿eh? —La miró maliciosamente Klaus.

—No…, no se llama Norbert. Ese nombre… me lo he inventado cuando te he visto, porque, porque era yo quien creía que…, que tú no eras de los nuestros…

—Ya. Inteligente reacción, querida Krista. Bien: ¿cuál es el nombre de Norbert? El verdadero. ¡Y no me vengas con tonterías!

—Grigori… Grigori Melchenko… ¡De verdad!

—Está bien. Vamos a verlo ahora mismo. Tengo que entregarle la carta de Konrad, no puedo negarle ese favor a mi primo… Y si las condiciones que me hace Melchenko son lo bastante buenas para mí, me quedaré con él.

—Supongo… que te hará las mismas que a Konrad.

—Nena, no lo entiendes; yo no soy Konrad. Deberías haber comprendido ya que, a mi lado, Konrad es un niño de teta. Mis servicios son siempre inmejorables, así que quien los quiera tiene que pagarlos muy bien. ¿Crees que Melchenko podrá hacerlo?

—Sí… Sí, lo sé seguro. Él tiene mucho dinero.

—Estupendo. Bueno, parece que las cosas se han arreglado entre nosotros, ¿verdad? Eso quiere decir que quizá en otro momento te dispense mis favores. ¿O formas parte de las propiedades particularísimas de Melchenko?

—Sí… Así es.

—Lo siento… por ti y por mí. Bien, ¿nos vamos ya? Y te advierto que, para volarte la cabeza de un balazo, no necesito más de medio segundo.

—No…, no habrá necesidad.

—Mejor. Me parece que tú también eres una persona peligrosa. Tu pistola es una cosa muy seria, Krista. ¿A qué te dedicas, además de alegrarle las noches a Melchenko?

—Digamos que… le elimino problemas. Pero sólo intervengo cuando las cosas han de hacerse con elegancia.

—Entiendo: perteneces a la aristocracia de los asesinos de alquiler europeos. Con derecho a cama incluido. Me parece bien… En definitiva, yo soy más o menos lo mismo que tú. Tengo el coche de Konrad ahí fuera, así que en marcha.

—¿Cómo es que tienes tú el coche de Konrad?

—Escucha, ya no pienso decir nada más si no es al propio Grigori Melchenko. Así que cierras la boca, vamos al coche, te pones al volante y me llevas con él. Todo lo que no sea eso, sólo va a conseguir fastidiarme. ¿Está claro?

—Sí… Sí, Klaus.

—Pues mueve las piernas.

Krista se arregló las ropas, se puso el abrigo, recogió su bolso y se dirigió hacia cubierta, seguida por Klaus. Saltaron a tierra, él señaló adonde estaba el coche y, segundos después, ambos ocupaban el asiento delantero, ella al volante, en efecto.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó él.

—Pero si ya vamos allí…

—Dime la dirección ahora mismo.

—Es una casa en el 114 de la St. Pauli Hafenstrasse.

—De acuerdo. Pues ahora, directos hacia allí, sin desvíos ni tonterías. Y te advierto que conozco Hamburgo perfectamente.

—Ah, ¿era por eso…? No pensaba engañarte, Klaus.

—Más te vale. Vamos ya.

Capítulo VIII

La St. Pauli Hafenstrasse estaba cerca de allí, siguiendo la orilla del río, pero, debido a las direcciones obligatorias impuestas por el tráfico, tuvieron que alargar un poco el camino, circulando, lógicamente, en las direcciones permitidas. Finalmente, enfilaron la avenida, pasaron por delante de un parque… A la izquierda tenían las instalaciones portuarias de St. Pauli Landungs, en el Nordelelbe, y se veían las luces de navegación de algunas embarcaciones. Detrás iba quedando el centro iluminado de Hamburgo. Hacia delante, siguiendo el estuario del río, más y más instalaciones portuarias de aquel puerto, uno de los más transitados del mundo.

Klaus iba mirando la numeración y mirando también, de reojo, a Krista, que conducía en silencio, un tanto tensa. Pero no hubo contratiempo alguno, y por fin llegaron, ante el número 114. Era una vieja casa destartalada y húmeda, sucia, desagradable. Solamente se veía luz en una ventana del piso superior.

Krista colocó el coche con las luces enfocando la puerta de madera de la izquierda, más grande que la otra. Casi en seguida, la puerta se alzó, y la muchacha introdujo el coche en el garaje. La puerta se cerró, y entonces destacaron en la sucia pared de enfrente las manchas de los faros del coche…, hasta que se encendió una luz en el garaje. Una sucia y misérrima bombilla, que apenas disipaba las tinieblas.

Krista apagó las luces, paró el motor y movió la barbilla.

—Ya hemos llegado.

Klaus le dirigió una breve mirada. Luego, se volvió, para contemplar al hombre que había abierto y cerrado la puerta del garaje, y finalmente encendido la luz. El hombre se detuvo, y quedó inmóvil, con las piernas separadas, esperando. Klaus apretó los labios, hizo una seña a Krista, y ambos salieron del coche. El hombre, que había quedado hacia la parte de atrás, habló en ruso, y

Krista le contestó del mismo modo, hasta que, a los pocos segundos, Klaus gruñó:

—Hablad en alemán: no entiendo nada del ruso. ¿O no estáis hablando en ruso?

—Sí, es ruso —sonrió Krista—. Le estaba explicando a Igor lo que ha pasado.

—Ya se lo explicaré yo todo a Melchenko… —Klaus pareció congelar su mirada—. ¿De modo que tú también eres rusa?

—Más o menos —rió Krista.

—Entonces, la documentación que antes me has enseñado…

—Es falsa. Pero desde hace tiempo, no hecha en unos pocos minutos. Vamos arriba: conocerás a Grigori.

Klaus asintió y dio el primer paso. Pero se detuvo en seco cuando Igor hizo lo mismo, directo hacia él, tendiendo la mano izquierda.

—¿Y ahora? —masculló Klaus.

—Deberás devolverle mi pistola a Igor. Y entregarle la tuya, pues supongo que vas armado.

—¿Entregar mi pistola? —sonrió secamente Klaus—. ¡Divertida broma, muñequita!

—Hay tres hombres más dentro de la casa, por lo menos. Si no entregas todas las armas que lleves encima a Igor, te aseguro que no llegarás hasta Grigori. Es más: ya no llegarías nunca a ninguna parte, querido Klaus.

Éste apretó los labios, vaciló… y acabó soltando un gruñido. Sacó lenta y cuidadosamente las dos pistolas, de modo ostensiblemente pacífico, y las entregó a Igor, que señaló hacia la puerta que comunicaba directamente el garaje con el interior de la casa.

En efecto, habían más hombres en la casa. Por lo menos apareció en seguida otro, que se quedó mirando fijamente a Klaus. Estaban entonces en el feo y lóbrego vestíbulo de la casa. A la derecha se veía la puerta que comunicaba con la calle. Del techo pendía una lamparita llena de polvo, que proporcionaba escasísima luz… A la izquierda estaba el tramo de escalones que ascendía hacia el piso superior, y cuando Klaus alzó la mirada, vio allá arriba a otro hombre, esperando, mirándole. Cuando miró a Krista, ésta señaló hacia arriba, y los cuatro fueron hacia allí, la muchacha y

Klaus en primer lugar.

Llegaron al descansillo, Krista fue hacia una de las puertas, la abrió y señaló hacia dentro.

Apenas entrar, Klaus vio a Grigori Melchenko. Habían dos hombres, pero uno de ellos, el que permanecía en pie junto al sillón donde estaba sentado el otro, no le pareció importante a Klaus. El que estaba en el sillón sí le pareció importante. E interesante.

Pese a estar sentado, en seguida se veía que era gigantesco, que sobrepasaba el metro noventa. Grande, ancho, fuerte, sólido. Vestía con rudeza, arrugado, vulgar. Sus cabellos entrecanos eran largos, pringosos. Su boca era grande, su mandíbula recia, su nariz gruesa y grande… El ojo derecho contemplaba fijamente a Klaus. El izquierdo desaparecía bajo un feo parche negro, cuya cinta iba hacia la parte posterior de la cabeza, entre la abundante melena.

Luego, de pronto, la mirada del oscuro ojo de Grigori Melchenko pareció saltar hacia Krista.

—¿Quién es? —Gruñó con voz áspera, en ruso.

—Dice llamarse Klaus —replicó ella, en el mismo idioma, pausadamente—, y ser primo de Konrad.

—¿Qué ha sido de Konrad?

—No lo sé. Klaus lo sabe, pero me ha dicho que sólo quería hablar contigo, Grigori. Es un hombre… de mucha dureza.

Una seca sonrisa pasó por los labios de Grigori Melchenko. Miró a Klaus de nuevo.

—¿Dónde está Konrad? —preguntó.

Klaus frunció el ceño, y miró a Krista, que sonrió levemente.

—Klaus no habla ruso, Grigori. Deberás hablarle en alemán.

El ruso asintió y preguntó de nuevo, ahora en alemán:

—¿Qué ha pasado con Konrad?

—Exactamente, no lo sé. Me llamó a mi apartamento, dijo que desde el Kaiser Hotel, y me dijo que se alegraba muchísimo de que hubiese vuelto de África, que hacía tres días que me estaba llamando, para ofrecerme un trabajo bien pagado. Pero que en aquellos momentos estaba en un grave apuro, y que, inicialmente, debía pedirme un favor. Dijo que había dejado su coche cerca del hotel, y que las llaves estaban en el contacto; que yo debía ir al coche, entrar de pronto en él, y alejarme a toda prisa del hotel. Me advirtió que posiblemente alguien me perseguiría, pero que ya sabía

que eso no iba a ser problema para mí. Si el truco salía bien, yo debía dar unas cuantas vueltas por ahí, y finalmente ir adonde tenía una lancha. Si él ya estaba allí, hablaríamos. Si no estaba allí, querría decir que le habían cazado. Entonces, yo debía esperar a Krista, y decirle que me trajese con usted…

—Para entregarte una carta —añadió rápidamente Krista.

—No —sonrió Klaus—. Lo de la carta fue una invención mía. Es un sobre con un papel dentro, nada más.

—¿Por qué hizo usted eso? —Frunció el ceño Melchenko.

—Porque tengo muchas horas de vuelo y siempre me gusta jugar sobre seguro.

—¿Qué tiene que ver eso con la carta? —exclamó Krista.

—Si eras la auténtica Krista, aceptarías traerme aquí para que le entregase la carta al jefe de Konrad. Si no lo eras, comprenderías que yo no sabía dónde estaba Melchenko, y puesto que todo lo que tendría yo de interés ya, sería la carta, querrías tenerla a toda costa, por si ella os servía de algo a ti y a los de la… oposición.

—Es usted muy inteligente —murmuró Melchenko.

—Sí.

Krista sonrió, divertida. Melchenko apenas esbozó una mueca. Luego quedó pensativo unos segundos.

—¿Eso es todo lo que sabe? —preguntó por fin.

—Sí.

—Bien… Habrá que hacer alguna investigación en el Kaiser Hotel, a ver si nos enteramos de lo ocurrido con Konrad y con los demás.

—¿Qué puede haber pasado? —Se inquietó Krista—. Solamente Savelich y Ringleman sabían que podían hacer consultas a nuestros tres hombres destacados allí precisamente para eso, Grigori.

—Nos ocuparemos del asunto. Pero antes —la mirada de Melchenko fue hacia sus hombres, y terminó en ruso—: Pero antes, matad a este hombre.

Mientras decía esto, miraba atentamente de nuevo a Klaus, pero éste ni siquiera parpadeó, permaneció en la misma postura y con el mismo gesto, esperando.

—Sí —insistió en ruso Melchenko—, lleváoslo de aquí, arrancadle los ojos y la lengua, y matadlo. No me gusta.

Los hombres de Melchenko, y Krista, miraban a Klaus, qué no

reaccionaba. Iba mirando de uno a otro, impávido. Por fin, la muchacha soltó una carcajada.

—Me parece que tu trampa no ha dado resultado, Grigori. ¡Si entendiese el ruso, habría palidecido por lo menos!

Los hombres de Melchenko sonreían, y esto sí hizo reaccionar por fin a Klaus que, tras mirar de uno a otro, sonrió y encogió los hombros.

—Si es algún chiste en ruso, me gustaría oírlo en alemán.

—¡No era precisamente un chiste! —volvió a reír Krista.

—Klaus…, ¿qué más? —preguntó Melchenko, sonriendo a medias.

—Plumm. Klaus Plumm. La madre de Konrad y mi padre eran hermanos.

Melchenko asintió con la cabeza.

—¿Qué sabe hacer, Plumm?

—Cualquier cosa.

—¿Entiende algo en cuestiones de radio?

—Algo, sí.

—Pero ¿no es lo que podríamos llamar un técnico?

—Ni mucho menos.

—En ese caso, no va a servirme para el pesquero, lo siento. Y en lo que a tierra firme se refiere, ya tengo suficiente personal.

—Pero si se ha quedado sin Konrad y…

—Ya no los necesito. Si hubiesen estado en la lancha cuando Krista fue a buscarlos, ahora estarían navegando hacia el pesquero, pero si los han quitado de en medio, en nada me perjudica. Claro está, siento lo que les haya podido ocurrir.

—Ya, ya. Bien… Bueno, pienso que yo podría hacer algo en el pesquero, Melchenko. Soy siempre un hombre útil, esté donde esté. Por otra parte, si usted se queda en tierra…

—No. Yo también tengo que irme al pesquero. Y esta misma noche. Puesto que Konrad y los otros no sabían nada de eso, ya que tuve la precaución de no informarles ni del nombre ni de la posición del barco, no debo temer nada al respecto. Tampoco sabían ellos dónde encontrarme en Hamburgo, así que, aunque lo siento por ellos, en nada me afecta ya su detención. Claro, ellos darán el número de teléfono al que consultaban a horas fijas, pero allí ya no hay nadie… Por eso Konrad le llamó a usted esta noche, en lugar de

llamar a ese número, donde, a determinadas horas, solíamos estar Krista y yo, para atender… emergencias. Ha sido una lástima que éstas se hayan presentado durante nuestra ausencia. En fin, todo lo que tengo que hacer es marcharme al pesquero y proceder a mi trabajo.

—Pero usted ha dicho que investigaríamos lo sucedido con Konrad y los otros.

—Sí, lo haremos, claro… Y quizá sería mejor hacerlo antes de partir hacia el pesquero… ¿Usted no estuvo dentro del Kaiser en ningún momento?

—No.

—Quizá sería el hombre adecuado para hacer ese trabajo… Puedo darle algo de dinero por eso, Plumm.

—¿Y eso será todo?

—Lo siento, pero si no es usted un experto en radio, no le necesito para nada más. Le daré dos mil marcos.

—Está bien —encogió los hombros Klaus—. Pero insisto en que podría serle útil. Digamos que mis actividades más importantes han sido siempre en el terreno militar.

—¿Y qué quiere decir con eso?

—Konrad me habló de un tal coronel Ringleman… Pienso que quizá yo podría serle útil a ese coronel… ¿Él está en el pesquero?

—En efecto. ¿Qué más cosas le dijo Konrad?

—Me habló de un ruso llamado… Sivelach…

—Savelich.

—Sí, sería Savelich. Pero bueno, creo que ese ruso murió, se lo cargó un americano.

—Así es. ¿Qué más cosas sabe?

—De momento, no recuerdo más.

—En mi opinión, incluso sabe demasiadas.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que es imposible que Konrad fuese tan estúpido como para contarle a usted todas esas cosas por teléfono desde el hotel. Quiero decir, simplemente, que está usted mintiendo, Plummm, Y que ni siquiera debe llamarse así… ¡No se mueva!

Klaus Plumm, efectivamente, había iniciado un movimiento, pero en seguida, cuatro pistolas quedaron apuntadas a él.

—No disparéis —dijo rápidamente Melchenko—. Seguramente,

el amigo Klaus es de la CIA, así que voy a darme el gusto de utilizarlo de modo… adecuado. Vamos a convertir a Klaus Plumm en una bomba contra la CIA. ¿O quizá es de la OTAN, Plumm?

—¡Vamos, Plumm, déjese de tonterías! No, no creo que sea de la OTAN. La OTAN ya tiene a ese hijo de puta de Waberly, que estuvo a punto de matar a Ringleman, con lo que nos habríamos quedado sin la información definitiva. Lo siento, y ahora es verdad, por mi camarada Pavel Savelich, que durante meses se estuvo preparando para hacer una buena labor. Pero, en fin, son cosas que pasan en el espionaje…

—La CIA sabe que la MVD está dirigiendo esto, Melchenko.

—Claro que no. Todo se preparó muy bien en torno a Pavel Savelich, que quedará como desertor ruso. Nunca podrán acusar a Rusia del sabotaje que tenemos preparado para esta madrugada. Además, va a ser un sabotaje… muy especial. No, no podrán acusar de nada a Rusia, Plumm. Han intervenido unos cuantos alemanes, un ruso que traicionó a Rusia, y un americano que traicionó a Estados Unidos. Pero, eso será todo. Nadie me conoce a mí, nadie sabe de mi existencia, así que, ¿cómo podría la CIA acusar a la MVD?

—Ustedes están locos… ¿Qué pretende Rusia con esto? ¡No es posible que esté preparando realmente un sabotaje a las maniobras de la OTAN!

—Conque no es posible, ¿eh? Bueno, es una lástima que usted no viva para verlo. Pero, como le he dicho, le vamos a convertir a usted en una bomba… No se mueva, Plumm, o lo llenamos de balas en un segundo. Acepte otra muerte, mucho más dulce, que tengo para usted. Le voy a decir la verdad: la tenía preparada para Konrad y los otros dos, pero puesto que ésos ya han sido… retirados de la circulación por la CIA, vamos a utilizar el truco con usted: lo dejaremos atado y amordazado en el garaje… Supongo que la CIA está vigilando esta casa ahora.

—En efecto.

—Bien —sonrió Melchenko—. ¡Estupendo! Entonces, todo va a salir muy bien. Verá lo que ocurrirá: lo dejaremos a usted atado y amordazado en el garaje, y abriremos las espitas de tres bombonas de gas que tengo preparadas allí. El garaje ha sido preparado para que cierre herméticamente, así que se irá convirtiendo en una

bomba de gas… Una enorme bomba de gas. ¿Qué cree que pasará cuando sus compañeros, finalmente impacientes y preocupados por usted, al ver que la casa parece quedar vacía, vengan a buscarlo?

—No sé.

—Sí lo sabe. Pasará que dispararán contra la puerta del garaje, para abrirla, ya dispuestos a todo. Y entonces… ¡Buuummm!, la bomba de gas estallará. Será algo verdaderamente espectacular, Plumm. Y usted, sus amigos, y esta casa, con cualquier pista que podamos dejar por descuido, quedarán convertidos en polvo. ¿Qué le parece?

—Usted no puede ser un agente de la MVD rusa.

—¿No? ¿Qué soy, entonces?

—Cuando menos, un loco.

—Quizá, pero soy un loco que va a conseguir, ya sin la menor sombra de duda, que las flotas navales soviéticas sean las más poderosas del mundo. Ya veremos qué queda de la flota de la OTAN, en la madrugada de mañana… ¡Ya lo veremos! Y desde ese momento, y ya para siempre, ¡Rusia será el verdadero gigante, el verdadero amo de todos los mares!

—Escuche, Melchen…

—¡Ya hemos terminado! Tengo que prepararlo todo para marcharme. Mischa, Igor: llevadlo abajo, y haced lo que ya sabéis. Volved aquí en seguida, para prepararlo todo para la marcha. ¡Lleváoslo!

Klaus Plumm miró a Krista, pero ésta se limitó a sonreír, y a agitar los deditos en un gracioso y burlón gesto de despedida. Luego, Klaus miró las pistolas que le apuntaban, apretó los labios, y se dirigió hacia la puerta.

—Y cuidado con él —dijo Melchenko—: debe ser un agente americano de los bien entrenados. No descuidaros.

Igor y Mischa sonrieron duramente, y eso fue todo. Caminaron detrás de Klaus, salieron al descansillo, descendieron… Poco después, los tres hombres entraban en el garaje.

—Vuélvase bien de espaldas para… —empezó, con tono secó Mischa.

Fue Igor quien lanzó el grito de advertencia, sobresaltadísimo, al ver aparecer por detrás del coche la cabeza rubia de una mujer.

Plof, chascó la pistolita de Erika Schenk.

Inmediatamente, se desvió hacia Mischa, que, respingando, se encaraba a ella, listo para disparar…

Plof, plof.

Todavía estaba Igor saltando con una bala en la frente cuando Mischa recibía las dos siguientes, una en la frente asimismo, y otra en el cuello, al saltar hacia atrás y alzar la barbilla. Cayeron al suelo prácticamente al mismo tiempo, mientras Erika salía a toda prisa de detrás del coche, y Klaus Plumm se apresuraba a saltar hacia las pistolas de ambos hombres, que empuñó en seguida. Se guardó una, y con la otra señaló hacia la puerta que comunicaba con la casa.

—Todavía deben estar prep… ¿Qué te pasa?

Fraulein Schenk estaba lívida, simplemente.

—Nada —murmuró—. Nada.

Klaus Plumm, alias Angelo Tomasini, alias Número Uno, se acercó a ella, le pasó un brazo por los hombros, y la atrajo, para besarla suavemente en los labios.

—Ya sé —dijo—: estás celosa porque he tenido que besar a Krista.

—¡Oh, Uno…!

—Está bien, sé perfectamente qué no es eso, que eso es una tontería. Pero estoy bien, ¿no es así? Supongo que has estado arriba, oyéndolo todo.

Erika Schenk, Lili Connors, Baby, Brigitte Montfort, asintió con un gesto.

—Estuve…, estuve a punto de entrar disparando cuando…, cuando Melchenko dijo que te matasen. Y luego, cuando…

—Por fortuna —la interrumpió él, besándola de nuevo—, los dos hemos templado muy bien nuestros nervios durante estos años, mi amor. Si hubieses intervenido entonces es posible que las cosas hubiesen ido muy mal para nosotros, ya que eran seis. Hiciste bien en esperar. ¿Qué tal has viajado en el portamaletas del coche?

—Te amo.

—Eso quiere decir que has viajado mal, pero que no te importa. Vamos, mi amor, esto está terminando. He estado en peligro, pero ya pasó…, del mismo modo qué ha pasado el peligro que tú hayas podido correr. ¿Lo has estado oyendo todo, por la radio?

—Claro… Pero no vi exactamente lo que hacíais tú y Krista.

—Tendrás que adivinarlo. Veamos… Saliste del maletero,

subiste, detrás de nosotros, de modo que no hizo falta la radio qué yo tengo en el bolsillo, abierta, para que supieses lo que estaba sucediendo en aquel cuarto. ¿Viste a Melchenko?

—No me atreví a asomarme. Si me hubiesen visto, habrían disparado en seguida contra ti. Preferí bajar cuando supe que sólo vendrían dos contigo al garaje.

—Hubo suerte en eso, ¿verdad? —sonrió secamente Klaus—. ¡Es todo tan… increíble y repugnante…!

—Lo es —admitió Klaus—. Bien, tenemos por ahí fuera a tus amigos de la CIA, así que esta casa se ha convertido en una ratonera para Melchenko, Krista y los otros dos. Pero tenemos que hacer las cosas con mucho cuidado, pues quizá, de todos modos, ese pesquero cumpliese su cometido, aunque Melchenko no llegase a él. Llama a tus Simones.

Erika Schenk utilizó una de las dos radios para efectuar la llamada, o sea, la que la mantenía en contacto con la CIA. La otra, la había estado utilizando para saber en todo momento lo que hacía, o, cuando menos, lo que hablaba Número Uno y las personas que estuviesen cerca de él…

—¿Simón?

—Gracias a Dios… ¿Están bien? —exclamó el agente de la CIA jefe de Hamburgo.

—Sí. ¿Tienen vigilada la casa?

—Completamente. Nadie podrá salir sin nuestra… supervisión.

—Procuren no disparar a matar, salvo que sea imprescindible. Necesitamos capturar vivas a las personas que hay aquí dentro: un ruso llamado Melchenko, una mujer, ya la han visto antes, y dos hombres más.

—Melchenko es el más alto —intervino Klaus—. Lleva los cabellos muy largos, y un parche negro en el ojo izquierdo. Sobre todo, mucho cuidado con matarlo a él.

—Sí, señor. Bien…: ¿atacamos o esperamos?

—Esperen —dijo Erika—: nosotros vamos a desalojar a las ratas de esta cloaca.

Cerró la radio, la guardó con la otra en el maletín, asió éste con la mano izquierda, y miró a Klaus. Éste asintió, se acercó a la puerta del garaje, y se asomó al vestíbulo. Hizo una seña, y Erika se reunió con él. Cuando estaban en el centro del vestíbulo, oyeron voces,

arriba, en ruso.

Terminaron de cruzar el vestíbulo…, y apenas estaban poniendo el pie en el primer escalón, cuando Krista apareció en lo alto del tramo.

—¡Misen…! ¡Klaus!

Klaus Plumm alzó la pistola, pero Krista, gritando, había saltado hacia atrás, desapareciendo, y dando gritos de advertencia ahora a Melchenko. En el breve espacio de tiempo que Klaus y Erika permanecieron inmóviles, arriba se oyó el fuerte batir de una puerta. Un instante después, Klaus subía a toda prisa, pistola por delante… A menos de un metro, velocísima también, la espía más peligrosa del mundo. Aparecieron en el descansillo, saltaron a un lado, y apuntaron a la puerta del cuarto, donde Klaus había conocido a Grigori Melchenko.

—¡Melchenko! —llamó Klaus, hablando seguidamente en perfecto ruso—. ¡Estamos delante de la puerta, armados y esperándole! ¡No saldrán vivos de ahí, a menos que tiren sus armas!

Silencio.

Ni siquiera se oía ruido de pies, o movimiento de algún mueble que los acorralados rusos pudiesen utilizar como protección, si los dos espías decidían atacar.

—Melchenko —habló ahora Erika—: la casa está rodeada por una docena de agentes de la CIA, reclutados en todo Hamburgo. Nadie saldrá de esta casa sin su consentimiento. No sean absurdos.

Silencio.

Klaus y Erika cambiaron una mirada. Acto seguido, Klaus apuntó hacia la cerradura de la puerta, y disparó por dos veces. Dos disparos perfectos: la cerradura saltó, y la puerta quedó abierta un par de dedos. Erika abrió el maletín, y le hizo señas a Klaus, que comprendió. Se acercó por un lado, esperó a que Erika sacase del maletín una de las ampollas de gas narcótico, y entonces empujó la puerta y se echó a un lado. Erika lanzó la ampolla de gas, tapándose inmediatamente la nariz y la boca, con fuerza, mientras Klaus hacía lo mismo, alejándose.

Quince segundos más tarde, los dos respiraron normalmente. Erika comenzó a caminar hacia la puerta, pero Klaus se adelantó, entrando en primer lugar, siempre pistola por delante… Erika apareció en seguida tras él, y quedó paralizada de asombro.

—Pero… ¡Aquí no hay nadie! —exclamó.

Klaus caminó hacia el sillón donde había estado sentado Grigori Melchenko, y lo apartó de un puntapié…, dejando al descubierto el pequeño hueco rectangular. El espía lanzó una imprecación, y se volvió a mirar a Erika, que contemplaba aquel hueco. Bien encajada en el borde del mismo había una larga manga de lona, de las utilizadas modernamente por algunos Cuerpos de Bomberos para desalojar viviendas siniestradas: bastaba meterse en aquella larga manga, y descender lentamente, controlando la caída con las rodillas y los codos contra la lona.

Sin comentario alguno, los dos dieron media vuelta, salieron a toda prisa del dormitorio, y se lanzaron escaleras abajo a toda velocidad, mirando ambos hacia arriba, haciendo cálculos sobre la trayectoria de la manga de lona. Con lógica indiscutible, los dos llegaron, finalmente, a la cocina, situada debajo del cuarto en cuestión… Y en efecto, allá estaba el extremo abierto de la manga.

La ventana de la cocina, que daba al exterior por la parte de atrás de la casa, estaba abierta.

Erika recurrió de nuevo a la radio, inmediatamente.

—¡Simón!

—¡Sí, aquí estamos…! ¿Qué ocurre?

—Eso pregunto yo: ¿qué está ocurriendo ahí fuera?

—¿Aquí afuera? Nada… No comprendo.

—¡Melchenko y los otros han salido!

—No —negó Simón-Hamburgo—. Claro qué no. Nadie ha salido de esa casa, Baby, se lo aseguro.

—¡No se muevan de donde están!

Cerró la radio, y fue en pos de Número Uno, que estaba pasando una pierna por la ventana. Saltó tras él a un oscuro patio, y se estremeció de frío. Volvía a llover; aquella lluvia fina, fría, que era capaz de ir atravesando todo lo imaginable, lentamente… El patio estaba cercado por una tapia de ladrillos, desde luego fácil de saltar… Pero Melchenko no había saltado aquella tapia, no. Si lo hubiese hecho, habría tropezado con la CIA.

Así que se había marchado por aquella especie de carbonera, aquel agujero en el suelo, junto al cual se veía una tapa de hierro. En la semioscuridad, Klaus y Erika cambiaron una mirada.

—Se han escapado —murmuró ella.

Klaus asintió. De ninguna manera, podían pensar que Melchenko fuese tan estúpido como para salir de una casa con algunas posibilidades de defensa y quizá de intento de fuga cuando menos, para meterse en un agujero presumiblemente lleno de carbón. Si se hablan metido allí, era porque así les convenía.

—Mala suerte —masculló Klaus Plumm.

Capítulo IX

Simón-Hamburgo se reunió con ellos en el dormitorio. Llegaba manchado de carbón y suciedad, y con un gesto en verdad avinagrado.

—Desde la carbonera, habían hecho un estrecho túnel hasta las cloacas —masculló—. Está claro que tenían previsto hasta el último detalle. Ese Melchenko debe ser muy listo.

—O sea, que los hemos perdido —murmuró Baby.

—Lo que significa —dijo acremente Milton Waberly, que se había negado a separarse de la CIA en aquellas circunstancias— que ese hombre, seguramente, seguirá con su plan de sabotear las maniobras.

—¿Cómo demonios van a sabotear unas maniobras de la OTAN con un pesquero? —Gruñó Simón.

—No olvide que detrás de ese pesquero está Rusia —dijo Erika-Lili—. Eso ofrece muchísimas posibilidades a cuál más… sorprendente y extraordinaria.

—¡Pero qué Rusia ni qué…! —explotó Waberly—. ¡No me creeré eso nunca, de ninguna manera!

—¿Por qué no? —Le miró hoscamente Simón.

—¡Y yo qué sé…! ¡No tiene sentido!

—Bueno —dijo calmosamente Erika—. Sea o no sea obedeciendo órdenes de Rusia, Melchenko está dispuesto a todo. Y ninguno de nosotros tiene la menor idea de cómo encontrarlo. Todo lo que puedo decir es que, si no le hemos encontrado antes del amanecer, algo va a ocurrir en el Báltico. ¿Alguien tiene alguna buena idea?

En el cuarto estaban, además de Erika, Klaus, Waberly, Simón-Hamburgo, y tres agentes de la CIA, que estaban procediendo a un registro minucioso pero desesperado. También el resto de la casa estaba siendo registrada.

Nadie contestó a la pregunta de Baby. El silencio resultaba casi tétrico. ¿Qué había ocurrido? Un coronel americano comete traición, como consecuencia de la cual muere un agente de la CIA y un agente soviético, que había sido preparado largo tiempo para realizar aquel trabajo, simulando que Rusia no tenía nada que ver con ello. Sin embargo, un ruso llamado Grigori Melchenko aparece a última hora, como el cerebro director del tinglado en Hamburgo y, convencido de que Klaus no va a poder explicar nada a nadie, le dice que todo ha sido obra de Rusia… y desaparece.

—De todos modos —murmuró Simón-Hamburgo—, ese Melchenko sabe ahora que si el sabotaje se lleva a cabo, Número Uno podrá acusar a Rusia.

—¿Acusar a Rusia? —Le miró Número Uno—. ¿Cómo? Oficialmente, Savelich era un desertor, y los rusos se habrán cuidado bien de que esa falsa circunstancia esté ya constando como cierta en los servicios secretos europeos. No, no, no… Todo lo que tenemos para acusar a Rusia, es un ruso llamado Grigori Melchenko… Y estoy seguro de que si mencionamos ese nombre en alguna confrontación aclamatoria, los rusos nos desafiarán a demostrar, incluso, que haya un ruso llamado Grigori Melchenko.

—Maldita sea mi estampa —barbotó Waberly—. ¡Nada de esto estaría sucediendo si yo hubiese matado al coronel Ringleman en aquel solar, cuando se entrevistó con Savelich! Deberían…

—¡Hey! —exclamó uno de los agentes de la CIA, que buscaba desganadamente, animándose de pronto—. ¡Aquí hay algo!

Había ido dando golpecitos en la pared, y algo llamó su atención. Todavía estaban los demás mirándole cuando el espía metió una uña entre los bordes de dos tiras de húmedo papel floreado que adornaba la habitación, y lo arrancó con cuidado. Fue de lo más sencillo, en realidad. El papel se desprendió en seguida, dejando visible la tapa de una caja metálica, empotrada en los ladrillos…

—Parece una caja fuerte —murmuró Simón—. Pero debe ser de los dueños anteriores de la casa, seguramente.

Erika se acercó, estuvo unos segundos mirando la compuerta, el dial… De pronto, se colocó de lado, puso sus deditos en el dial, y comenzó a moverlo, acercando una orejita a la compuerta. Los demás quedaron inmóviles, en completo silencio. A oídos de todos

fue llegando el cli-clic de los mecanismos de la caja, al ser movidos. El agente de la OTAN contemplaba ceñudamente a la rubia Erika, a la que ya conocía bajo diferentes aspectos…, menos en el verdadero… ¿Quién era realmente…, cómo era la espía de lujo de la CIA, la que resolvía todos los grandes problemas internacionales…? Pensativo, encendió un cigarrillo…, y todos miraron irritados hacia él, tan sólo por el leve ruido que produjo su encendedor. Todos, menos Erika, que continuó haciendo su especialísimo trabajo.

Le llevó poco más de cuatro minutos. De pronto se apartó, asió la manilla, la bajó, y tiró de la compuerta… Una exclamación colectiva acogió el éxito de la divina espía.

—Uno —dijo ésta, apartándose.

Klaus Plumm asintió, se acercó, se quitó un zapato, y lo introdujo dentro de la caja, apartándose en el acto. No, sucedió nada. Recogió el zapato, se lo puso, y entonces, sí, introdujo las manos en la caja. Lo primero que sacó fueron fajos de billetes alemanes… Miles y miles de marcos. Una libreta. Una pequeña cámara fotográfica de revelado instantáneo. Un pasaporte…

No había nada más.

Erika estaba hojeando la libreta. Musitó:

—Contiene claves en un sistema que desconozco completamente.

—Déjeme echarle un vistazo —se adelantó Waberly—. De eso entiendo un poco.

Erika le pasó la libreta, y se colocó junto a Klaus para examinar el pasaporte. Estaba a nombre de un tal Marius von Kelne, alemán, de Bonn.

—Es Melchenko —dijo Klaus.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Lleva el cabello más corto, está bien afeitado y con agradable aspecto, tiene los dos ojos… Es Melchenko.

—Lo que quiere decir que, cuando tú lo has visto, estaba caracterizado.

—Naturalmente.

—Maldita sea —farfulló. Simón-Hamburgo—. ¡Un alemán! ¡No lo entiendo!

—Pues está bien claro —dijo Erika—. Ese Melchenko ni es ruso

ni nada parecido: es un alemán que ha estado trabajando para alguien que pretendía, por todos los medios, guardarse las espaldas, de tal modo que si había contratiempos, todo acusase a los rusos. En cuanto a Pavel Savelich, era, en efecto, un desertor de la MVD, utilizado por esta gente… Apostaría cualquier cosa a que los billetes que encontramos en su apartamento tienen la numeración correlativa a los que hemos encontrado aquí.

—¡Fiuúu…! —Silbó Simón—. Entonces…, ¿a quién acusamos, si ocurre algo en las maniobras?

—Ya les dije que los rusos no eran idiotas —refunfuñó Waberly, alzando la libreta—. En cuanto a esta clave, dudo que haya alguien capaz de descifrarla. Y no me mire así, señorita Connors, porque si de algo entiendo, es de claves. Estuve un tiempo en ese servicio de la inteligencia de la OTAN.

—Bueno —murmuró el agente de la CIA que había encontrado la caja—, ¿qué tenemos, entonces?

—Pues tenemos —dijo Erika Schenk— a un chiflado, dispuesto a sabotear las Teawork 76, eso es todo. Descartados los rusos, sólo sabemos el nombre de ese chiflado: Marius von Kelne.

—¿Y qué podemos hacer?

Silencio.

Por fin, volvió a hablar Erika:

—Vamos a enviar este pasaporte a nuestro centro de París, para que vean si saben algo de Marius von Kelner. Que recurran a la Interpol, al MI5 británico, al SDECE francés, a los servicios secretos de Bonn, a los ficheros de la última Guerra Mundial… A todo. No podemos hacer otra cosa. Con suerte, quizá alguien pueda decirnos algo sobre Marius von Kelner.

—Sí, pero… ¿cuándo?

—No lo sé, Simón… Pero sí sé que, si no es antes del amanecer, las cosas se van a poner muy feas.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Waberly—: este pasaporte debería estar ya camino de París.

—Bonn está más cerca —sugirió Simón-Hamburgo.

—No —rechazó Baby—: es más práctico desde París, pues desde allí, podemos operar directamente con la Interpol, hacer viajes a Londres, si es necesario, conseguir entrevistas con miembros del SDECE… París, sin duda alguna.

—Puedo salir para allá con la avioneta en menos de media hora —dijo Simón-Hamburgo.

—No. Usted quédese. Que vayan dos de nuestros compañeros. Bien, señores… Eso es todo lo que podemos hacer. Al menos, por el momento no se me ocurre nada más. Y estoy tan cansada…

—Mi apartamento está a su disposición, ya lo sabe —farfulló Waberly.

—Se lo agradezco, Milton, pero no. Ya no es necesario. Estaremos Uno y yo en el Deuchtland Hotel, Simón. Erika Schenk. Llame allí cuando sepa algo.

—De acuerdo.

Erika Schenk se dirigió hacia la puerta del cuarto, acompañada por Klaus Plumm. Los agentes de la CIA la miraban en silencio. Para ellos, para todos, aquél era un durísimo golpe: por primera vez, tenían noticia de que la agente Baby había fracasado.

Un minuto más tarde, en el coche de Konrad, Erika y Klaus se alejaban de aquella casa triste, sucia, húmeda… La tumba del prestigio de los dos más grandes espías de todos los tiempos: Número Uno y Baby.

No siempre se gana.

* * *

Era casi la una de la fría madrugada cuando Milton Waberly detuvo su coche delante del 31 de la Katherinenstrasse. No se veía un alma por las calles, la lluvia seguía cayendo, el cielo no se adivinaba siquiera encima de aquella densa nubosidad.

El agente de la OTAN cerró el coche, se volvió hacia el edificio, y fue hacia él. Entró en el portal, encendió una pequeña linterna, y comenzó a subir las escaleras…

—¿Waberly? —Le llegó la voz de Número Uno.

—Suba.

Waberly continuó subiendo. Arriba le esperaba Número Uno, pistola en mano. La guardó al identificarlo sin duda alguna, y señaló hacia la puerta. Waberly la empujó, y entró. Uno lo hizo detrás, cerrando.

En el saloncito, Lili Connors, o Erika Schenk, estaba sentada en el pequeño sofá. Sobre la mesita colocada delante, había una

cafetera y dos tazas. Waberly contemplaba, desconcertado e intrigado, a la rubia espía.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me han hecho venir aquí a estas horas?

—Hemos encontrado algo nuevo —dijo Lili Connors—. Cuando nos dirigíamos al hotel, Uno y yo nos resistíamos a darnos por vencidos, y decidimos darnos otra vuelta por el apartamento de Aaron Ringleman, y luego por éste. En el del coronel Ringleman no encontramos nada. Aquí, sí.

—¡Bien! —se animó Waberly—. ¿Qué han encontrado?

—«El Vals de los Besos».

Milton Waberly se quedó con la boca abierta. Luego miró hacia el tocadiscos, y la pequeña discoteca donde Pavel Savelich había tenido todo un compendio de música rusa de altísima categoría… y un vulgar vals vienés.

—No comprendo —musitó.

—En cambio, nosotros lo hemos comprendido ya todo. Hay cosas que no encajan, Milton. Por ejemplo, estoy segura de que a usted no se le ocurriría comer judías con champaña.

—Qué tontería —farfulló Waberly—. ¡Claro que no!

—Bueno, en este caso, el champaña es la música rusa, que, precisamente, es la que siempre me ha gustado por encima de las demás —la divina espía sonrió—. Ya ve: cosas de la vida. En cuanto al disco del «Vals de los Besos», pues… evidentemente, son las judías.

—Vamos a ir directos al grano. Todos nos sorprendimos del hecho de que Pavel Savelich tuviese «El Vals de los Besos» en una discoteca verdaderamente selecta; pequeñita, modesta, pero selecta. La pregunta era: ¿por qué?

—Bueno… Para aprender a bailar el vals… Según las cartas de Tatiana Veruska…

—Vamos, Milton, no diga tonterías. Pavel Savelich tenía ese disco aquí por algo mucho más práctico y concreto. Tenía que ser así, y Número Uno y yo hemos estado dándole vueltas al asunto… y al disco. Nada que objetar a la música, en su simpática simplicidad. Pero de pronto, se nos ocurrió pensar en la etiqueta del disco.

—¿La… etiqueta…?

—La etiqueta. Ya sabe usted: ese papelito circular donde consta el nombre del creador de la música, el intérprete, la casa grabadora,

los derechos reservados, etcétera. Y por supuesto, los títulos de las canciones, o piezas musicales, de ópera… La etiqueta. Mire la de «El Vals de los Besos». Aquí tiene el disco.

Waberly tomó el disco, y su mirada se fijó en la etiqueta. Cierto, allá estaba. Era tan normal y corriente, que nadie podía sorprenderse por ella; es más, era tan corriente que estuviese allí, que ni se reparaba en ella.

—Bueno… Sí, bien, aquí está… ¿Y qué?

—¿Por qué no la despega? Nosotros lo hemos hecho antes.

El agente de la OTAN parpadeó. Luego procedió a desenganchar la etiqueta del centro, que bordeaba el agujero. No le fue en absoluto difícil, porque en seguida encontró el punto por donde la habían despegado antes Número Uno y Baby.

—Dele la vuelta y vea lo que hay escrito en el dorso de esa etiqueta —murmuró Baby—. Son tres números de teléfono de Hamburgo. Quizá le resulten familiares.

Milton Waberly vio los tres números escritos, en efecto. Los identificó en seguida. Uno de ellos correspondía al apartamento que había ocupado el coronel Ringleman; el otro, correspondía al Kaiser Hotel; el tercero era el que mejor conocía, porque era el de su apartamento alquilado.

—No —jadeó, moviendo la cabeza, lívido como un muerto—. ¡No, no, no!

—Es una estupidez negar las evidencias, Milton.

—No… ¡No!

—Sí. Su número está ahí. Pero no crea que nos sorprende demasiado. En realidad, desde ayer por la noche, le tenemos bajo el punto de mira, Uno y yo. ¿Sabe por qué, Milton? Usted dijo que Aaron Ringleman había escapado, que estaba armado, que había disparado contra usted… ¿Dónde están las balas, Milton?

—¿Las… las… las…?

—Las balas. Una bala se aplasta, se deforma todo lo que usted quiera, se parte en pedazos… Lo que usted quiera. Pero ahí está, cerca de donde ha sido disparada. Convertida en un pedazo de plomo difícil de clasificar, pero está. ¿A cuánta distancia, como máximo, del lugar desde el que ha sido disparada? Pongamos que el rebote sea muy fuerte: la bala irá… ¿a cien metros, como máximo? Claro que el solar en el que usted dijo que habían sucedido las cosas

no admite ni siquiera eso. Número Uno fue allá, reconstruyó la escena, y… se puso a buscar los restos de las balas disparadas por el coronel Ringleman. Horas y horas de búsqueda. Resultado: nulo. No había balas. Luego usted mintió.

—No… No, no…

—Luego, la pista del número telefónico del Kaiser Hotel, en el listín hallado en el apartamento que ocupó el coronel Ringleman. ¡Qué suerte, qué fácil…, y qué tonto era el coronel! ¿A quién se le ocurre anotar un número tan comprometedor? Pero no fue él quien lo hizo, sino usted, imitando sus números. ¿No es cierto, Milton?

—¡No!

—Se está usted poniendo monótono. Claro que lo hizo… Le diré lo que hizo usted, exactamente: aceptó trabajar para los rusos, pero no ahora, sino hace ya tiempo, estoy segura. Así que se confió en usted para una fabulosa operación: el sabotaje a las Teawork 76. Para tal fin, se contó con personal adecuado, dócil, capaz de creerlo todo. Por ejemplo, Pavel Savelich, un pobre diablo dentro del espionaje internacional, que debió estar a punto de morir de alegría cuando se le dijo que había algo especialísimo para él. Así que se dejó crecer la barba, simuló desertar, y hasta se inventó la tontería del vals para que, con las cartas que la MVD le facilitaba, todo tuviese verosimilitud cuando la CIA o la OTAN le encontrasen muerto y le rastreasen, viniesen aquí… Tatiana Veruska, indiscutible, existe, y si la CIA hubiese destacado personal para esa investigación en Moscú, lo habría comprobado. Todo perfecto. Menos una cosa: la MVD no contó con la torpeza congénita de un agente como Savelich, que se dedicó a escribir números de teléfono en un lugar seguro… Seguro, claro, si consideramos que él no sabía que estaba destinado a morir a manos de usted, de modo que, en su momento, habría recuperado el disco, es decir, la etiqueta, ya que el disco debía quedarse aquí, cuando él se fugase, después de hacer lo que creía que tenía que hacer, esto es, simplemente entrevistarse con el coronel americano. De ahí arrancaba toda la comedia. Lo que no sabía Savelich era que usted estaba engañando también al coronel Ringleman, y que esa cita era la sentencia de muerte para él y, para Ringleman, la captura. Así pues, usted, que sabía que un agente de la CIA vigilaba a Savelich, avisó a los exterminadores de la MVD, y éstos cazaron al agente de la CIA, Lo llevaron adonde

Savelich estaba con Ringleman, y allí, se preparó la comedia…, mejor dicho, la tragedia: usted mató a Savelich con su propia pistola. Luego, utilizando la de Savelich, mató a mi compañero de la CIA, y los de la MVD se lo llevaron y lo dejaron tirado por ahí. También se llevaron al coronel Ringleman… Y ya está la escena montada… ¡A engañar a todo el mundo!

—Usted… no sabe lo que dice… ¡Encontramos un pasaporte a nombre de Marius von Kelner en aquella casa que…!

—Tonterías —sonrió fría, despectivamente la espía internacional—. Todo estaba preparado. En todo momento, usted y Grigori Melchenko (que no se llama así, pero ciertamente tampoco Marius von Kelner), han estado manejando a los demás como muñecos, engañando a todos, de modo que la CIA o la OTAN, tras desconfiar de los rusos, llegásemos, finalmente, a la conclusión de que todo era obra de alguien que quería culpar a los rusos, pero, naturalmente, liberando así a los rusos de toda responsabilidad, por lo que vaya a suceder. Todo estaba preparado, todo… El número de teléfono del Kaiser Hotel, la pretendida fuga de Ringleman, la muerte de Savelich, sacrificado por la MVD, la captura de tres tontos como Konrad, Maxence y Siegfried, la llegada de la CIA y la OTAN a la casa donde estaba Melchenko, la fuga de éste, dejando atrás dinero de numeración correlativa al encontrado aquí, el pasaporte a nombre de Marius von Kelner… Conclusión final: la CIA y la OTAN habían estado persiguiendo a falsos rusos. De este modo, si se produce el sabotaje a las Teawork 76, nosotros, claro, diremos que no han sido los rusos, sino alguien que ha querido inculparlos. Y así, los rusos libres de toda culpa…, y el sabotaje habrá sido un hecho. ¿No es así, Milton?

Waberly ya no podía estar más pálido. Se pasó las manos por la cara, y luego, con paso incierto, fue a sentarse en un sillón, donde quedó como alucinado.

—¿Y después? —prosiguió implacable Baby—. ¿Qué ocurriría después? Es fácil de adivinar, en líneas generales: usted recibiría discretamente una interesante cantidad en determinada cuenta de un Banco suizo, y seguiría trabajando para los rusos, llegando cada vez más alto, cada vez vendiéndoles mejor material…, cada vez siendo más y más traidor.

—¡No es cierto, no soy un traidor…! Al menos, no a los Estados

Unidos… ¡La OTAN no es los Estados Unidos!

—Milton: usted mató a un agente de la CIA, y vendió a un coronel americano. ¿Eso no es ser traidor?

Waberly volvió a pasarse las manos por la cara.

—¿Qué van a hacer conmigo? —musitó.

—No se preocupe, su destino es muy bueno; lo vamos a canjear a los rusos por el coronel Ringleman.

—¡No! —chilló Waberly—. ¡Eso no…! ¡NO!

—¿Por qué no? Son sus amigos, estará bien con ellos, Milton.

—¡No quiero ir con ellos, no! ¡Me matarían! Pero es que… además, nunca aceptarían ese canje, pues sería como admitir que todo esto es cierto, que ellos han preparado el sabotaje contra las maniobras de la OTAN. Y además…, el coronel Ringleman… está muerto.

—Me lo temía —susurró Baby—. Sinceramente, me lo temía. Bien, no sé… Quizá podemos hacer algún trato con usted si nos sirve de algo. Por ejemplo: ¿en qué consiste ese sabotaje ruso a las Teawork 76?

—Hay un pesquero… que está lleno de aparatos electrónicos, y que navegará esta madrugada por el Báltico, cerca de la zona de las maniobras. Ese pesquero lleva dispositivos anti-radar, y hay…, hay en él un complejo de perturbadores de onda.

—¿Qué harán con esos aparatos?

—El personal del pesquero, todos muy competentes, comenzarán a interferir en los contactos radiales entre los navíos de la OTAN, simulando ser un grupo autónomo que está colocando minas en el Báltico, por la zona de las maniobras. Con sus aparatos, desorientarán a los navíos… Mezclarán conversaciones, datos, posiciones, hablarán en inglés, en ruso, en alemán, en sueco, en italiano… El mando de la OTAN en el Báltico comprenderá que están siendo rodeados de minas, y finalmente serán engañados por esos cruces de radio… Creerán que tienen frente a ellos a los barcos saboteadores… y comenzarán a dispararse entre sí. En pocos minutos, los navíos de la OTAN se estarán… despedazando entre sí, imposibilitados de comunicarse por radio, de entenderse, perdidos en la niebla, desconfiando de todo lo que oigan y de todo lo que vean sobre el mar… La OTAN destruirá a la OTAN.

Ahora era Lili Connors quien estaba pálida. Permaneció inmóvil

y silenciosa unos segundos, mientras Número Uno, impávido, seguía fumando, fija su negra mirada en Milton Waberly.

—Sólo me queda una cosa por decirle, Milton —dijo de pronto la espía—. Usted escribió en el listín del apartamento del coronel Ringleman el número de teléfono del Kaiser Hotel, ¿no es así?

—Sí… Ya sabe que sí.

—Pues bien… Juego por juego: quien ha escrito esos tres números telefónicos en el reverso de la etiqueta de «El vals de los besos», he sido yo.

—¡No!

—Trampa por trampa, mentira por mentira. Salga ya, Emil.

Por un instante, Waberly quedó desconcertado. Luego miró hacia la puerta del saloncito y vio, en el umbral, al agente soviético Emil Zakanov que, como el resto de los agentes rusos destinados por la MVD en Hamburgo, desconocía por completo la última jugada soviética, y se limitaba a cumplir rutinariamente su deber. Emil Zakanov también estaba pálido, desencajado el rostro.

—Ya lo ha oído todo —dijo Baby—. De modo que corra a comunicar a sus jefes todo lo que la CIA sabe. Estamos seguros de que tendrán la amabilidad de suspender la operación.

—Ya no hay tiempo… —jadeó Waberly—. ¡Ya no hay tiempo, el pesquero está navegando por el Báltico hacia los navíos de la OTAN! ¡Y está expresamente convenido que, a partir de ese momento, Melchenko no efectuará ningún contacto! ¡No pueden avisarle!

—Entonces, que los hundan… —replicó Baby, con una facilidad estremecedora—. ¿Algo que decir, Emil?

El ruso movió negativamente la cabeza.

—Entonces, adiós.

—No los hundirán —aseguró Waberly—. ¡No harán eso!

Emil Zakanov se quedó mirando fijamente al agente de la OTAN.

—Se equivoca usted, perro —dijo con voz ronca—; ese pesquero va a ir a parar al fondo del mar, aunque tenga que encargarme de ello personalmente.

—¡Traicionará usted a Rusia!

—¿Ese es su punto de vista? El mío es diferente: lo peor que podría hacer por Rusia, ahora que la CIA conoce esos planes que yo no conocía en absoluto, seria permitir que ese pesquero cumpliese

su cometido. Si lo hundo, nadie podrá probar nada… y, aparentemente, todo seguirá igual, con sonrisas y buenos modales. Algo es algo. ¿No es así, Baby?

—Erika… —sonrió ella—. Erika Schenk.

—Perdone todo lo que le dije. Soy un pobre hombre que nunca aprenderá lo suficiente. En cuanto al pesquero, no pase cuidado; sea como sea, irá al fondo del mar. Adiós, Waberly; notificaré en Moscú su fracaso…, al mismo tiempo que presentaré mi dimisión irrevocable… y que hagan conmigo lo que quieran. Adiós a todos.

—Buena suerte, Emil —deseó sinceramente Baby.

Emil Zakanov abandonó el apartamento donde había sido instalado, tiempo atrás, uno de sus compañeros destinado al sacrificio. Se iba un hombre que acababa de recibir el peso de diez años de vida.

Y quedaba allí otro que temía por la suya.

—¿Y ahora…? ¿Qué pasará ahora conmigo?

Brigitte Montfort se quitó la peluca rubia y, las lentillas de contacto. Waberly la miraba como hipnotizado y, de pronto, exclamó:

—¡Montfort…! Brigitte Montfort, la periodista…

—Solamente Baby para usted, Milton. Si hubiese podido canjearlo por el desdichado coronel Ringleman, al que usted vendió, habría salido vivo de esto. Pero no hay nadie por quien canjearlo, así que…, ¿por qué voy a dejar de cumplir mi norma de matar a quien asesina a uno de mis Simones? ¿Por qué privarme de ese… «placer»?

—No, espere… Yo…, yo… puedo informarles de muchas cosas de los rusos, sé…, ¡sé muchas cosas!

—Ninguna que valga la pena. Ninguna que valga tanto como la vida de uno de mis compañeros. Ninguna que valga ni siquiera la vida de usted. Este ha sido… su último baile, Milton.

—¡No disp…!

Plof, chascó la pequeña pistolita de cachas de madreperla.

Este es el final

En el gran salón de aquella hermosa villa en la isla de Malta, solamente había encendida una lamparita de pie junto al formidable tocadiscos, que estaba en marcha. La música, a medio tono, parecía llenar el aire y la vida de algo tan bello qué era imposible de explicar, pero fácil de sentir para quien tuviese sensibilidad…

En el sofá, de espaldas al ventanal en el que se veía la luz lunar y las formas de árboles y arbustos de flores en el jardín, había dos personas. Un hombre y una mujer, ésta recostada en el pecho de él. Él mirando la mano de ella, que descansaba sobre una de sus rodillas, bellísima, delicada, tierna. Ella, con los ojos cerrados.

Más allá, en una mesita, había algunas revistas. Encima de ellas, un periódico, en el que, entre otras cosas, se informaba de que las maniobras de la OTAN llamadas Teawork 76 habían terminado felizmente.

La música cesó y entonces el silencio fue total, tras el chasquido de parada automática del tocadiscos.

Durante casi un minuto, el silencio persistió. Luego, la mujer abrió los ojos y suspiró.

—Es una lástima que Tchaikovsky sea ruso ¿verdad? —murmuró.

—No. Eso te tiene sin cuidado —replicó él—, porque siempre has dicho que las personas son sólo personas. Buenas o malas, independientemente de todas las demás circunstancias. En absoluto te molesta que Tchaikovsky sea ruso.

—Como siempre, tienes razón.

—Es fácil conocerte. ¿Quieres que ponga algo más?

—No, no… Está bien así. Vámonos a dormir, mi amor.

—Podría poner «El vals de los besos».

—Claro que no… ¡Qué idea tan extraña, después de escuchar a Tchaikovsky!

—Solamente pensaba que quizá al escuchar «El vals de los besos» comenzases a pensar en darme algunos tú a mí.

—Eso es otra tontería —los grandiosos ojos azules se alzaron hacia los negrísimos del hombre, sonrientes—. Para amarnos, ni tú ni yo necesitamos otra música que la de nuestros corazones.

Él se inclinó hacia la boca de ella.

—Esa es, precisamente, la música que más me gusta.

—Y a mí… —susurró ella—. Incluido Tchaikovsky.

FIN